

# La Ilustración Artística



Año XXX

BARCELONA 24 DE JULIO DE 1911

NÚM. 1.543

BARCELONA.—SALÓN PARÉS



EL HÉROE, cuadro de Simón Gómez

No se ha borrado todavía el buen nombre de este excelente artista, cuyas obras lograron llamar la atención de los inteligentes. Distingúese, entre otras circunstancias, por su gama especial, que recordaba las producciones de nuestros grandes maestros. Prueba de ello nos la ofrece el cuadro que reproducimos y los que se conservan en los Museos de esta ciudad y en poder de algunos particulares. Granjeóse la simpatía y consideración de cuantos le conocieron. Y en verdad, á una y otra tenía derecho quien reveló tan especiales cualidades y aptitudes.

## ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tercer tomo de los correspondientes á la serie del presente año.

Este tomo es el primero de

## NAPOLEÓN I ÍNTIMO

y en él se estudia al hombre, al soldado, al cónsul y al emperador en su vida privada, todo ello según documentos oficiales, correspondencias, biografías y memorias de la época, é ilustrado con profusión de grabados, reproducciones de retratos, estampas, objetos y documentos auténticos.

## SUMARIO

**Texto.**—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Black*, por Arturo Dourliac. — *Monumento al obispo Benavente*. — *París. La revista militar del 14 de julio*. — *Investidura del príncipe de Gales en el castillo de Carnarvon*. — *San Sebastián. La semana náutica*. — *El aviador Loridán*. — *Problema de ajez*. — *Justicia humana* (novela ilustrada, continuación). — *Habana. La extracción de los restos del «Maine»*, por Adrián del Valle. — *Medalla conmemorativa de la coronación del rey Jorge V de Inglaterra*.  
**Grabados.**—*El héroe*, cuadro de S. Gómez. — Dibujo de Sardá, ilustración del cuento *Black*. — *Boceto de monumento al obispo Benavente*, obra de M. Casals. — *La emperatriz María Tereza dando el pecho á un niño pobre*, cuadro de A. Liezen-Mayer. — *París. Revista militar*. — *Investidura del príncipe de Gales*. — *Primavera*, cuadro de C. A. Lenoir. — *Requiebro andaluz*, cuadro de J. Sala. — *San Sebastián. Semana náutica*. — *Martin Casals*. — *El aviador Loridán*. — *Extracción de los restos del «Maine»*. — *Medalla conmemorativa*. — *Estación radiotelegráfica en Montjuich*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lo que nos sucede con Portugal, es á la vez molesto y festivo, y no dudo que, este invierno, algún autor del género regocijado aprovechará elementos tan inestimables para una de esas obras que duran cien noches en el cartel de Lara ó de Apolo, y son filones de risa y de dinero.

Hablando yo una tarde de la pasada primavera con mi amigo Eugenio Sellés, marqués de Gerona, de planes de veraneo, me manifestó que pensaba, como todos los años, irse á su chalet de Espiño — creo que dijo Espiño, pero pudiera yo confundirlo con Granja; para el caso, no tiene importancia el error. — Y, al preguntarle si no recelaba que el estado de perturbación del país pudiese acarrearle molestias, me contestó, con su habitual benévolo optimismo, que esperaba pasar muy sosegado verano, y que en las lindas playas lusitanas se divertiría la gente mucho, sin preocuparse ni pizca de política. Acabo de leer, en el *Imparcial*, la carta en que Sellés refiere el suceso: su casa y las de los demás españoles conocidos, que formaban la colonia, desbalijada, saqueada con fractura, sin que la autoridad dé muestras de imponer correctivo á los desmanes, ni de reparar los perjuicios.

Y todavía el saqueo, ó, como dicen nuestros vecinos, el *campriolage* de los hoteles de la colonia española, con ser unas miajas mortificante para nosotros, demostrando la preferencia que nos conceden los *gatunos* portugueses, es tortas y pan pintado ante la manía en que han dado ahora los *guardiñas* de la frontera, de meterse como trasquilado por iglesia en nuestro territorio y arreglar en él sus asuntos de policía y vigilancia, con toda tranquilidad. Cinco kilómetros adentro en terreno español, fué preso no ha muchos días no sé qué conspirador portugués, no sin administrarle antes una regular paliza. Y en Orense, en la misma capital de la provincia, el cónsul portugués abrasó á tiros á un monárquico, portugués igualmente. A la verdad, va picando en historia.

La prensa refiere cosas mucho más melodramáticas. Tanto, que, si como novelista no dejan de interesarme, porque brindan campo dilatado á la imaginación, y se prestan á cuantas combinaciones desee esta maga ó esta bruja, á fuer de persona sensata tengo que ponerlas en duda, hasta que se prueben, (aunque la prueba, en este caso, sea hartó difícil). La saña política puede inventar todo género de absurdos, y, aun sin que medie tal saña, en la vida diaria todos hemos podido cerciorarnos de lo fácilmente que se calumnia, no ya aprovechando datos de la realidad que se desfiguran y alteran á placer, pero hasta sin la base de esos datos. Si yo evocase, á tal propósito, recuerdos personales, se juzgaría que inventaba. No bajan de seis las entrevistas enteramente apócrifas que se publicaron, supuestas conmigo, sin que yo hubiese llegado ni á cruzar palabra con el que decía haber recogido de mis labios un sin fin de detalles. Una de estas entrevistas me suponía en Madrid, y el día de autos yo almorzaba, en París, en la Embajada española. ¿Buena coartada, eh? De suerte que me encuentro perfectamente preparada á dudar de la le-

tra impresa, y espero confirmación respecto á planes de secuestro de niños como rehenes, y á envenenamientos de los presos monárquicos de Portugal, sensacional noticia que extensamente divulgan y comentan varios periódicos. Parece que hay un cólera ó peste carcelaria, que sabe elegir y no ataca sino á los partidarios algo significados de D. Manuel... ¿Hemos vuelto á los tiempos de Locusta? ¿O hay que ver en esto una de tantas armas vedadas, que la furia política recoge y utiliza sin escrúpulo?

De todos modos, y sea ó no fundada la pavorosa conseja, el estado de la naciente República tiene de todo menos de lisonjero. La noble y legítima aspiración de fomentar el turismo, de atraer viajeros que admiren tanta belleza como encierra Portugal, es incompatible con esta efervescencia revolucionaria y estos odios fratricidas.

No censuro el cambio de forma de gobierno. De las cuestiones de forma de gobierno hay que decir, como de los matrimonios: si es para bien... Pero, en general (y por eso se le suele temer al cambio), los problemas planteados, el agitar la cienaga de apetitos y malas pasiones, no traen bienes, sino epidemias. La monarquía portuguesa cayó en actitud poco gallarda, y abandonada de todos: así se ha venido diciendo. Y en ese caso, el entusiasmo por la restauración no puede tener otro origen, que las torpezas y violencias revolucionarias.

No es ahora, ciertamente, cuando el ilustre autor de *As Farpas* escribió que Portugal no desempeñaba papel alguno en la civilización europea, en el terreno político. Conocida su magnífica misión bajo el Renacimiento, con las excelentes condiciones de su situación geográfica, con la paz interior de que ha disfrutado y que contrasta con las perpetuas convulsiones españolas — habla Ramalho, — Portugal tenía el deber y el derecho de asumir, en este siglo, la preponderancia hegemónica de los Estados peninsulares. la dirección espiritual de la civilización ibérica... Veinticinco años después de que un ingenio claro y agudo, un tanto volteriano, señala este objetivo á su patria, Portugal se encuentra atollado en el desorden, y nos dirige y nos enseña el mutuo respeto que las naciones se deben, metiéndose en nuestro territorio á apalear á sus súbditos...

Flotará todavía en el aire, sobre los destinos de este pueblo por otra parte tan simpático, y de tan gloriosas tradiciones, la sombra del marqués de Pombal, de quien Ramalho Ortigao, (librepensador y de opiniones avanzadísimas, téngase en cuenta), dijo, con ocasión de celebrarse solemnemente su Centenario, que fué un gobernante por el terror, que plagió la organización de la Compañía de Jesús, para gobernar como hubiese gobernado ella, y que, después de expulsar á los jesuitas, cayó como ellos, sólo que más ridículamente. Yo creía que Portugal, hecha á tan poca costa su revolución, sin lucha, sin resistencia por parte de la monarquía, que pareció aceptar como algo fatal su caída, establecería una república bonachona, toda concordia y tolerancia, á lo suizo, y de esa república no habría nada que decir. Una república «á base» de odio, con *pancadas* y *dentadas*, con jesuitas á quienes se les hace la ficha antropométrica como si fuesen malhechores, amén de administrarles puñetazos y patadas para que se acuerden de que la tradición pombalina no se ha perdido; y con esa leyenda siniestra que no desdeñaría Ponsón du Terrail para sus novelas terroríficas, ya no me parece tan encaminada á ejercer esa hegemonía de que hablaba Ramalho, y que, si se fundase en verdaderas superioridades culturales, yo aceptaría muy gustosa.

Confieso que, dentro del género que cultiva no me parece vulgar el ladrón hábil y audacísimo que adoptó el pseudónimo de *Raffles II*.

Creo, sin embargo, que nos ha hecho daño á los autores de vaga y amena literatura. Yo he sostenido algunas veces que influye más la sociedad en las letras, que las letras en la sociedad. Por anárquica é independiente que la literatura parezca, depende de las influencias del medio ambiente, y no se concibe fuera de él. La literatura es una de las formas eloquentes de expresión social; no una creadora de estados sociales; y, en vez de llevar de la mano al público, es el gusto del público el que la guía. Desde el ocaso del naturalismo, el público ha vuelto á reclamar novela novelesca, y aun folletinesca, que excite poderosamente su interés. Los dos resortes del interés son conocidos: amor, dinero. De ahí procede el desarrollo y multiplicación de la novela erótica, la creciente licencia de sus pinturas, y de ahí el incremento extraordinario de las novelas policíacas, con detectives y ladrones finos y elegantes, diestros en toda clase de ardid para despistar á sus perseguidores.

Las grandes ciudades se prestan á tal género de invención. En esto se equivocó el *Raffles* de Madrid.

Madrid es un pueblo relativamente pequeño, con relación á esos vastos escenarios de París, Berlín, Londres y Nueva York, á los cuales Buenos Aires hará competencia muy pronto. Verdad que tampoco nuestra policía se encuentra á la altura de las científicas policías internacionales, compuestas de refinados, si no mienten, que si mentarán, las novelas de Conan Doyle y otros cultivadores de la especialidad.

Cuando salta algún caso como el de este *Raffles* madrileño, nunca falta quien diga: ¡Efectos de las malas lecturas! Más claro. A ese pobre diablo le ha perdido el leer, ó quién sabe si la asistencia á un drama que se representó en Madrid y que desarrollaba, poética y sensacionalmente, las aventuras del célebre ladrón del gran mundo.

No lo crean ustedes... El criado infiel que despoja á su amo, le despojaría igual aunque no sospechase la existencia de los novelistas y dramaturgos policíacos. Precisamente, esta clase de robos no son nada *modern style*. Pertenecen á lo arcaico. Hoy, los métodos han cambiado: se hacen las cosas con más arte, á favor de las cuentas en que entra la sisa; y así se evitan dimes y diretes con la justicia, si el caso llega.

Ha producido emoción, en las altas esferas intelectuales, la aparición de un retrato que se da por el verdadero y auténtico de Miguel de Cervantes Saavedra, autor de *El Quijote*. Mientras en Inglaterra parecen acumularse las pruebas de que Shakespeare no escribió las obras maestras que han pasado por suyas y corrido bajo su nombre, en España la casualidad nos depara conocer la fisonomía real del Gran Manco.

Sin embargo, mi erudito amigo Pérez de Guzmán entiende que debemos suspender el juicio; que todavía no puede darse por cosa probada que ese retrato, del cual se han publicado ya tantas reproducciones, sea en efecto la verdadera efigie del mayor ingenio español. Esperemos, pues, á que decidan las autoridades, en cuestión tan vital; porque un retrato de Cervantes es para nosotros, y también para todas las naciones de origen y de habla española, como el retrato de un padre, de un venerado ascendiente.

En lo que se refiere á Shakespeare, cuyas obras se atribuyen ahora á Bacon, no puedo menos de sentir que la noticia se confirme, si se confirma... Yo estaba habituada á Shakespeare, y cuando pensaba en Hamleto, en Oteló, en los amantes de Verona, en Ricardo III, en tantas figuras dotadas de mayor vida que los seres de carne y hueso, me acordaba también de Will, su creador, ó que por tal era tenido. Nadie ignora la fuerza de la costumbre y de las ideas adquiridas, arraigadas en la mente. Si ahora resulta demostrado que Shakespeare no fué sino un testafarro, un pobre cómico pagado para que pudiese guardar el anónimo, esconder su personalidad de hombre de Estado y de filósofo grave, otro hombre, tendrá algo semejante á un disgusto, á una decepción...

El Bacon á quien se atribuyen las obras hasta hoy llamadas de Shakespeare, no es, huelga advertirlo, aquel fraile franciscano á quien se califica de «la mayor aparición de la Edad Media,» y que inventó, ahí es nada, la pólvora, el vapor, los globos y no sé cuántas cosas más, igualmente asombrosas. Es el canciller Bacon de Verulamio, y, si resultase que en efecto suyas son esas tragedias y comedias sin par, podría afirmarse que no hubo hombre más extraordinario, ni tanto, en los anales de la especie. Como que, aun cuando no hubiese escrito *Oteló*, había escrito el *Novum Organum*, obra que es á la filosofía y á la historia del pensamiento. lo que *Hamleto*, *Oteló* y el *Rey Lear* á la del arte. Bacon de Verulamio, que parece destinado á que la posteridad le corone de gloria refulgentísima, no sólo como pensador, sino como artista — caso que creo único — sintió desde niño el estímulo de la ambición, pasión viril admirablemente estudiada y descrita en varios dramas de Shakespeare, y señaladamente en dos, *Ricardo III* y *Julio César*. Sin duda, con todas sus privilegiadas aptitudes de artista y de filósofo, la verdadera aspiración constante de Bacon de Verulamio fué llegar á los altos puestos políticos, y, pena da escribirlo, á la riqueza. Las malas acciones que cometió para lograr ambos fines, han quedado consignadas en la historia, porque fueron públicas: en público acusó y pidió la cabeza de su protector y amigo el conde de Essex, y en público fué condenado por concusión. Asusta pensar la luz que arroja sobre lo complejo y contradictorio de la naturaleza humana la unión, en un mismo sujeto, del mayor poeta dramático, de un filósofo de los más grandes, llamado «el incomparable» y de un miserable ingrato, de un prevaricador. ¡No somos nada!, hay que repetir melancólicamente.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## BLACK, CUENTO DE ARTURO DOURLIAC (I), dibujo de Sardá



¿Qué quieres y quién es ese que me traes?

—Lo sentimos muchísimo, señorita, pero nosotros no jugamos más que con personas de nuestra clase...

Y después de dar esta respuesta impertinente, acentuada con una ligera inclinación de cabeza, la niña (tenía diez años!) se unió al grupo de sus compañeras, dejando a su interlocutora sonrojada y confusa por su fracaso.

—¡Pobre chiquilla!, dijo una «mayor» con piedad desdeñosa. Y es linda, á pesar de todo.

—Ciertamente, querida mía, pero su padre es dependiente en casa de mi tío y hay que guardar las distancias. Si á Black le diese por corretear con los perros callejeros, se llenaría de barro, ¿no es verdad, Black?

El terranova así interpelado lamió la mano de su ama, aprobando sin duda aquella comparación.

Sin embargo, la orgullosa personita que tanto empeño tenía en «guardar las distancias,» no era marquesa, ni duquesa y se llamaba simplemente Luisa Scherer; pero era sobrina y heredera única del banquero de aquel apellido.

Estaba dotada de gran inteligencia y de excelente corazón; pero la debilidad de su tío, que la adoraba, y las exageradas adulaciones de los criados le habían infundido aquel desmesurado orgullo que echaba á perder todas sus buenas cualidades.

Era, además, bonita y tenía una elegancia y una distinción perfectas; y cuando paseaba por el Bosque en compañía del Sr. Scherer y de su inseparable Black, las gentes se volvían para mirarla y las palabras «¡Qué niña tan bonita!» acariciaban dulcemente el oído del banquero.

Alfonso Scherer, que había comenzado siendo dependiente de la casa cuyo jefe era ahora, era un hom-

bre de gustos modestos, á pesar de su inmensa fortuna, pero nada le parecía bastante bueno para su sobrina y cifraba toda su alegría en festejar y engalanar á la graciosa criatura que reinaba y gobernaba como la absoluta en su palacete de Neuilly.

Terminada la partida de croquet, separáronse las niñas con apretones de manos á la inglesa y con aires de mujercitas. De pronto, Black, separándose bruscamente de su ama, echó á correr hacia un pobre muchacho pobremente vestido y que estaba algo apartado, y se puso á saltar y á brincar alrededor de él.

—¡Hola! ¡Qué le ha dado á ese perro!, exclamó Luisa estupefacta. ¡Black, aquí!.

Obedeció el can el mandato, mas en seguida volvió á salir disparado, prodigando muestras de amistad al chiquillo, que correspondió á ellas acariciando las espesas lanas del animal.

—Tal vez le conozca, dijo una de las muchachas. —¿De qué le ha de conocerle, Jane? Black no se aparta un momento de mí.

La niña pronunciaba el nombre de Juana en inglés porque le parecía más distinguido.

—Pues entonces ese muchacho será amigo tuyo, dijo maliciosamente otra niña.

—¡Por ventura conozco yo á gente de esa clase!, dijo desdenosamente la sobrina del banquero.

El chico, que se acercaba con la gorra en la mano, oyó seguramente aquellas palabras, porque se detuvo, sonrojóse y apartando de sí al perro, se metió por entre un grupo de árboles y desapareció mientras Luisa retenía á Black por el collar.

Un instante después, sin soltar al animal, subió á su cupé con su institutriz, cuando creyó oír una voz que murmuraba junto á ella:

—¡Luisilla!

Volvióse rápidamente, pero no vió á nadie; su acompañante no había oído nada, y únicamente Black, ladrando, forcejeaba por librarse de la cadena

que lo tenía sujeto... Luisa nada dijo; mas durante el resto del día estuvo triste y preocupada, y por la noche tuvo un sueño extraño.

\*\*

Vióse tal como era cinco años antes, cuando todavía no la llamaban señorita Scherer, sino simplemente Luisilla.

Seguía llorando el féretro de su madre, la cual iba á juntarse en la tumba á su marido, muerto en el incendio de su granja.

Cuando la última paletada de tierra hubo caído sobre el humilde ataúd, la niña sola, sin asilo, permaneció de rodillas sobre la verde hierba, llamando en voz baja:

—¡Mamá!

—Vente con nosotros, dijo una voz bondadosa; ocuparás el sitio que dejó vacío nuestra Juanita, que ahora está en el cielo, y serás la hermana de Claudio.

La que así hablaba era la señora Lorrain, la esposa del colono de los Saucos.

—Y yo reemplazaré á tu difunto padre, dijo el colono.

—Y yo te querré mucho, añadió el chiquillo.

Sin más ceremonias la adopción fué consentida por ambas partes y Luisilla, instalada en la granja, fué tratada como hija de la casa.

Los Lorrain eran personas excelentes y Luisilla no podía caer en mejores manos.

Claudio, bueno y cariñoso, adoraba á su hermana y se consideraba dichoso con hacer cuanto á ésta se le antojaba.

Ya se comprenderá, pues, el disgusto que experimentó aquella familia cuando, seis meses después, se presentó en la granja, acompañado del párroco, un caballero con ese porte rígido y envarado propio de los anglo-sajones, á reclamar á la niña en nombre de su tío de Nueva York.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Los dos hermanos, separados desde hacía veinte años, apenas habían mantenido relaciones entre sí, limitándose a cambiar anualmente una lacónica carta que podía resumirse en estos términos: «¿Cómo estáis? ¿Necesitáis de mí?» de parte del banquero, y «Gracias, la tierra y los brazos se mantienen bien,» de parte del colono.

—*All right!*, exclamaba Alfonso Scherer, volviendo a doblar la misiva.

Y ya no se escribían más hasta el año siguiente.

Pero aquel año Alfonso, extrañado de no recibir contestación, había pedido noticias y al saber la muerte de su hermano y de su cuñada, había telegrafiado a su corresponsal en París que le enviase inmediatamente a su sobrina y encargándole al mismo tiempo que recompensase a los que habían cuidado de la niña hasta entonces.

Lorrain y su mujer, al escuchar aquellas explicaciones, se miraron consternados... Nunca se les había ocurrido la idea de que pudieran quitarles a su hija adoptiva.

—Tratándose de la felicidad de la pequeña, no podemos oponernos a que se la lleven, había dicho el colono; ahora, en cuanto a la recompensa, nosotros no hemos obrado por interés y de consiguiente con las gracias nos damos por satisfechos.

—*All right!*, murmuró el inglés.

—¿Y cuándo nos la quitará usted?, había preguntado la señora Lorrain, besando a la niña con los ojos arrasados en llanto.

—Ahora mismo, señora, si no tiene usted en ello inconveniente; porque el vapor sale del Havre pasado mañana.

—¡Dios mío, tan pronto!

La desolación era general y Luisilla lanzaba gritos desgarradores.

—No quiero irme; quiero quedarme con Claudio, repetía agarrándose a los muebles.

—Escucha, Luisilla, había dicho al fin el muchacho sobreponiéndose a la pena que le ahogaba; sé razonable, obedece a tu tío y cuando yo sea mayor iré a juntarme contigo en América...

En el momento de subir al coche, un perro joven habíase puesto a dar brincos cerca de la niña.

—¡Noiraud, mi querido Noiraud!, exclamaba Luisilla abrazando al animal. ¡Permítame usted que me lo lleve!

—Corriente, había dicho el inglés. ¿Cuánto vale?

—Nada, caballero; se lo regalamos a nuestra querida pequeña de muy buena gana.

—Sí, sí, llévatelo, Luisilla; te conoce tanto como a mí y te recordará la granja.

Dos días después Noiraud viajaba por el Atlántico con su amita..., y los dos también cruzaban de nuevo el mar, algunos años después, en compañía del tío Scherer, que iba a establecerse definitivamente en París.

Noiraud se llamaba entonces Black; Luisilla, la señorita Luisa, y uno y otra se habían olvidado de la granja de los Sauces y de los amigos de los tiempos malos.

Y Luisa, en su sueño, veía al terranova festejando a un muchacho que tenía gran semejanza con Claudio.

—¡Yo sí que tengo memoria!, parecía decir el perro.

—No estás alegre hoy, Luisa.

—He dormido muy mal, querida Jane, y tengo jaqueca.

La señorita Scherer y algunas amiguitas suyas hacían comidita en el jardín, bajo la vigilancia de la institutriz.

Black daba vueltas alrededor de la mesa recogiendo de cuando en cuando un pastel ó un terrón de azúcar que mascaba negligentemente a fuer de perro cansado de aquellas golosinas.

De repente, alzó la cabeza y echó a correr hacia la verja de la casa meneando la cola y ladrando alegremente.

—¿Qué le pasa a Black?, preguntó una niña.

ba descorazonado, cuando había visto a la niña subir al coche.

Triste y desconsolado, decidió regresar al pueblo, pero antes quiso probar de ver nuevamente a su amiguita de antes.

—He sido ingrata y orgullosa, mi buen Claudio, y por ello te pido perdón, dijo Luisa con arrepentimiento sincero. Pero ahora mismo voy a llevarte adonde está mi tío.

Y haciendo cruzar al asombrado huérfano las suntuosas habitaciones de la casa, llamó a la puerta del despacho del banquero.

—¿Hola, eres tú? ¿Qué quieres y quién es ese que me traes?

La niña, todavía emocionada, refirió a su tío la historia de Claudio, acusándose francamente de su olvido y de sus culpas.

—¡Hum! Estas culpas son también algo más, díjole el señor Scherer, porque hubiera debido pensar más en los que habían sido buenos contigo. En fin, lo pasado pasado. Veamos ahora lo que puedo hacer por ese chico.

E interrogándole benévolamente, se informó de su capacidad y de sus aptitudes.

Claudio contestó lo mejor que supo con timidez, pero sin turbarse, mientras Luisa, apoyada en el sillón de su tío, le animaba con su sonrisa.

Hoy Claudio es el primer empleado del Sr. Scherer y Luisa ha olvidado sin duda su antiguo menosprecio por «un dependiente de su tío,» pues se anuncia su próximo matrimonio con el joven Lorrain.

Black, por supuesto, no dejará de asistir a la boda.

## MONUMENTO

AL OBISPO BENAVENTE

En el concurso celebrado en Buenos Aires para erigir un monumento al sabio y virtuoso prelado fray Marcelino del Carmelo Benavente, obispo que fué de Cuyo, ha sido aceptado el boceto que presentó el escultor catalán Martín Casals y que adjunto reproducimos.

La estatua, que descansará sobre un pedestal de cuatro metros de ancho por 1'50 de lado y 1'75 de alto, será de mármol de Carrara y tendrá 2'50 metros de altura; representará al obispo con las insignias y los hábitos de gala y en actitud de predicar.

El pedestal será de granito y mármol y ostentará en todo su frente un bajorrelieve en bronce que reproducirá la imagen del Cristo Redentor de los Andes, que se levantó en la cordillera de este nombre por iniciativa del obispo Benavente. Al pie del Cristo se hallan las figuras de las Repúblicas Argentina y Chilena sellando la paz en estrecho abrazo; a un lado se ve al Ángel de la Fe con un ramo de olivo, guía de los devotos peregrinos.

En la parte baja del pedestal llevará el escudo del obispado de Cuyo y el basamento será construido de modo que en cualquier tiempo puedan guardarse en él los restos del obispo.

El monumento será inaugurado seguramente el 28 de septiembre próximo, aniversario del fallecimiento del prelado. El costo total de la obra ha sido presupuesto en 30.000 pesos y será costado por subscripción popular, en la que han tomado parte todas las clases sociales, pues el obispo Benavente era muy querido de los argentinos y ha sido una de las grandes figuras de la Iglesia católica en aquella República.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al reproducir esta obra, se complace en felicitar con entusiasmo al escultor Sr. Casals por el triunfo obtenido, que redundará en honor del arte patrio.—T.



Buenos Aires.—Boceto de monumento al obispo Benavente, premiado en público concurso, obra de Martín Casals. (De fotografía comunicada por D. F. Coca.)

Luisa, sin contestar, habíase levantado y miraba al fondo de la alameda.

—¡Claudio!, exclamó.

En el viandante a quien el terranova acariciaba, acababa de reconocer al muchacho de la víspera y a su compañero de infancia; y corriendo hacia él le besó y le hizo entrar en el jardín, sin hacer caso de las exclamaciones de la institutriz ni de las risas disimuladas de sus amigos.

—¡Claudio, mi buen Claudio! ¡Cuán contenta estoy de volver a verte!

—Luisilla..., señorita..., tartamudeaba el muchacho, presa de gran turbación.

—¿Y papá y mamá Lorrain?

Claudio bajó la cabeza.

Como en otro tiempo en Luisilla, la desgracia se había cebado en él: malas cosechas habían arruinado a sus padres; vinieron luego las enfermedades y la muerte, y el pobre se había quedado huérfano.

Por consejo del bueno del párroco, que se interesaba por él, habíase encaminado a París, con la esperanza de encontrar trabajo, y provisto de una carta de recomendación para el Sr. Scherer.

Pero la idea de dirigirse a tan alto y poderoso personaje hacía temblar al pobre muchacho, quien, contando más bien con su amiguita, había ido al palacete preguntando ingenuamente por «Luisilla, por la señorita Luisilla.»

Los criados se habían burlado de él y se marcha-



LA EMPERATRIZ MARÍA TERESA DANDO EL PECHO Á UN NIÑO POBRE,  
cuadro de A. de Liezen-Mayer

## PARÍS.—LA REVISTA MILITAR DEL 14 DE JULIO

Con la brillantez de costumbre y favorecida por un tiempo espléndido, celebróse el día 14 en París la gran revista militar que con motivo de la Fiesta nacional se efectúa todos los años en el campo de Longchamp.

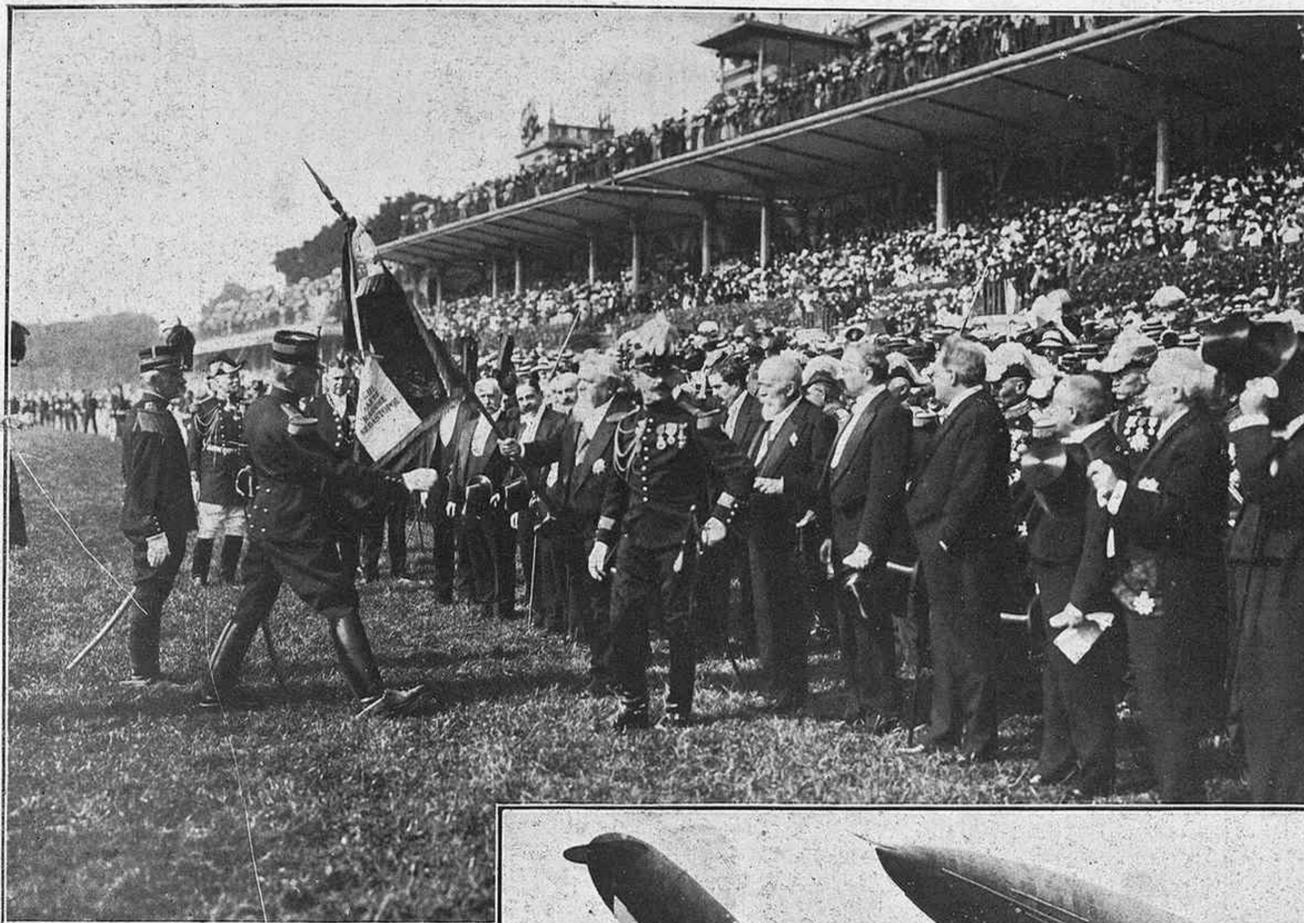
tren á las órdenes del general Silvestre, y de la primera división de caballería, á las del general Dubois.

En aquel momento, las tribunas, elegantemente adornadas con flores y banderas, ofrecían un aspecto brillantísimo.

A las ocho llegó el presidente de la República, quien acompañado del ministro de la Guerra Sr. Messiny, del gobernador militar de París general Maunoury, de su Estado Mayor y de los oficiales extranjeros, revistó las tropas.

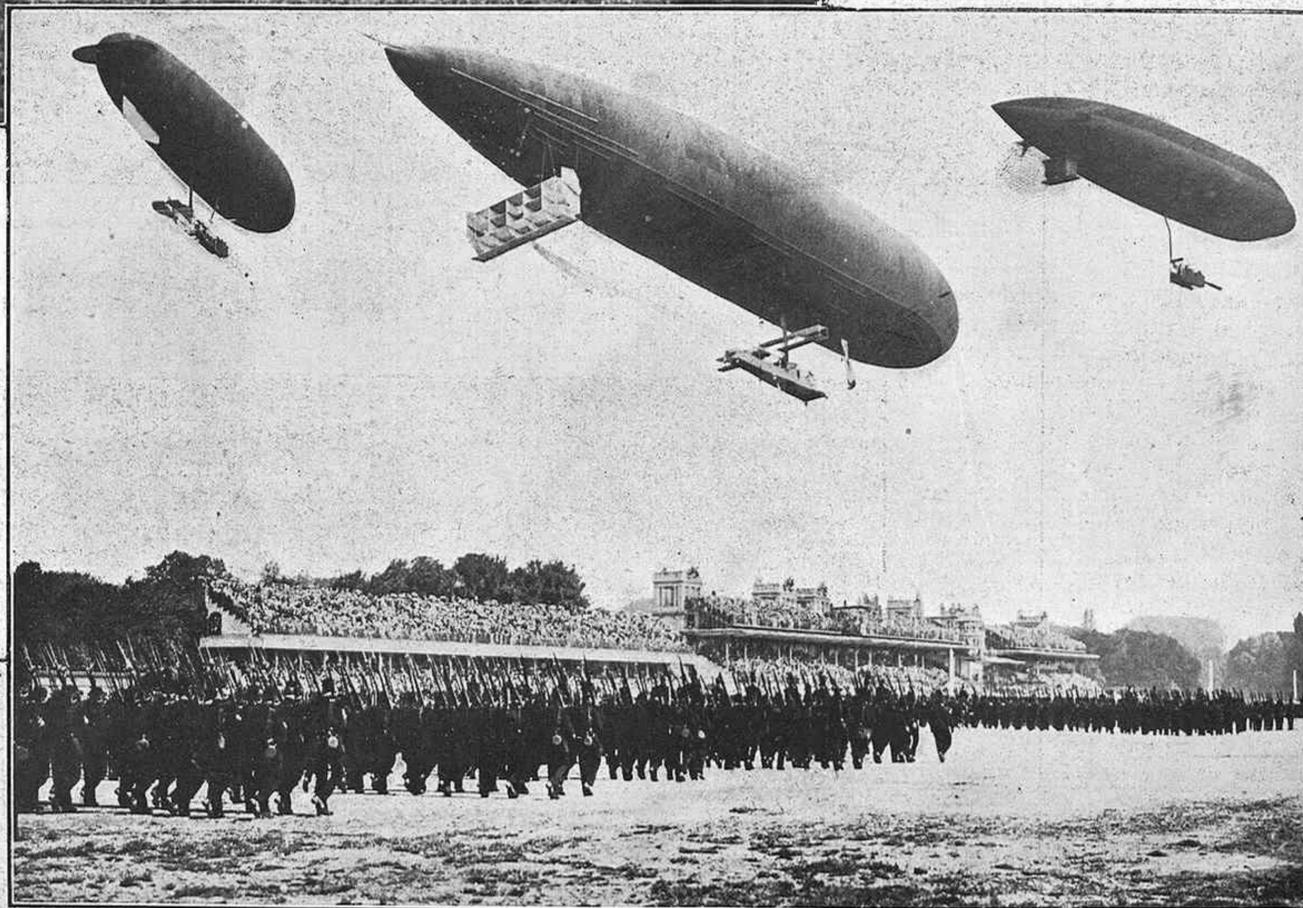
Terminada la revista, el Sr. Fallieres, junto al cual se agruparon todos los personajes oficiales, procedió á la entrega de los estandartes á los 37 regimientos de artillería de nueva creación, pronunciando antes un patriótico discurso.

Inmediatamente después el presidente se dirigió á la tribuna presidencial y comenzó el desfile: la Escuela politécnica, la Escuela de Saint Cyr, los cazadores de á pie, los zuavos, la infantería de línea, la infantería colonial, la artillería, el tren y la división de caballería. Para todos hubo aplausos y aclamaciones, que subieron de punto después de la carga de la caballería en línea de masas, que, lanzada al galope, se detuvo con precisión absoluta pocos metros antes de llegar á las tribunas.

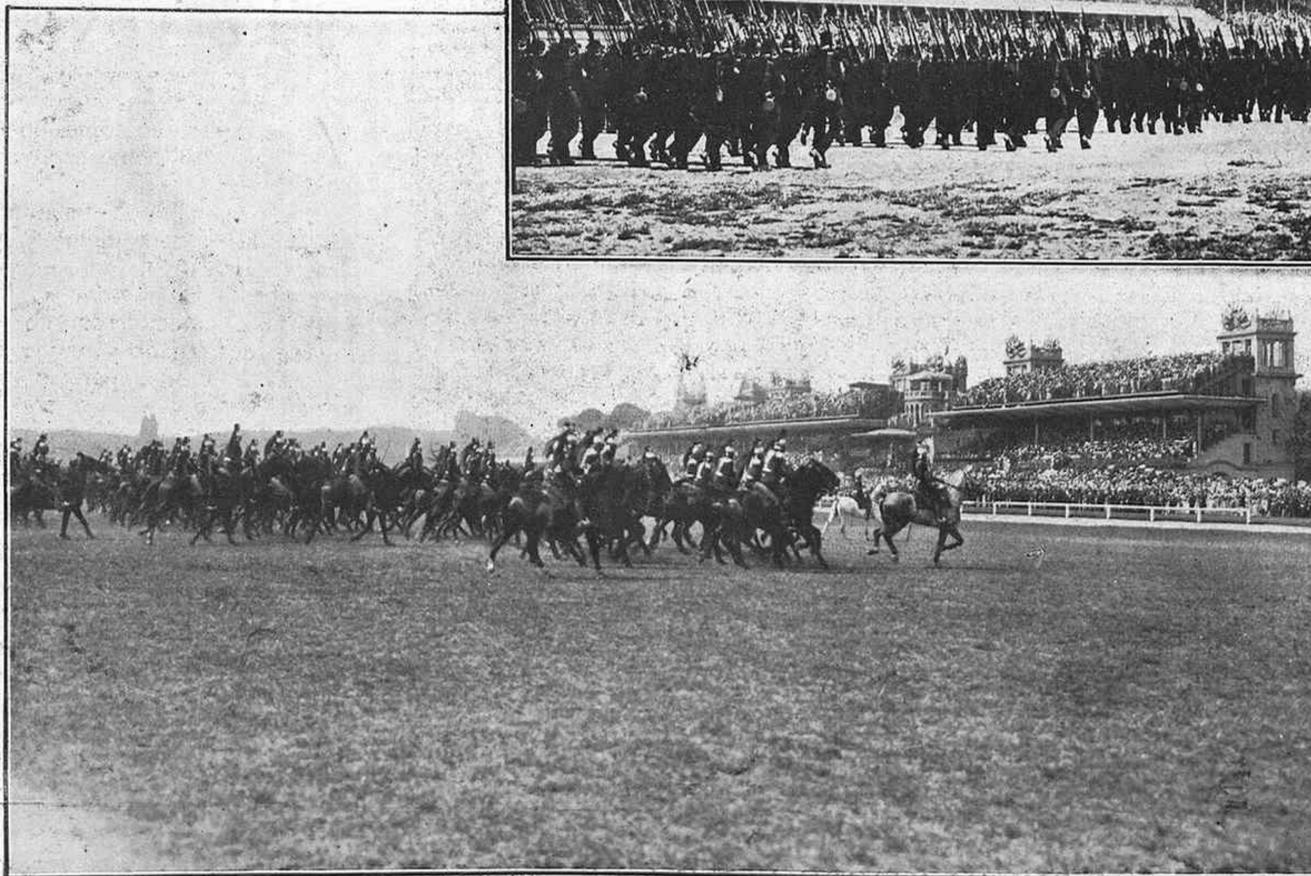


El presidente de la República entregando los estandartes á los nuevos regimientos de artillería (De fotografía de Harlingue.)

A las siete y media formaron las tropas en tres líneas y en orden de batalla dando frente á las tribunas: la primera línea componíase de las Escuelas y de las tropas especiales al mando del general Calvel; la segunda, de las divisiones 6.<sup>a</sup>, 7.<sup>a</sup> y 10.<sup>a</sup> de infantería y de la brigada colonial mandadas respectivamente por los generales Faurie, Chapel, Bolgert y Soucillon; y la tercera, de la artillería y del



Los dirigibles «Temps», «Torres» y «Adjudant Vincenot» practicando maniobras durante el desfile de las tropas. (Fotografía de Branger.)

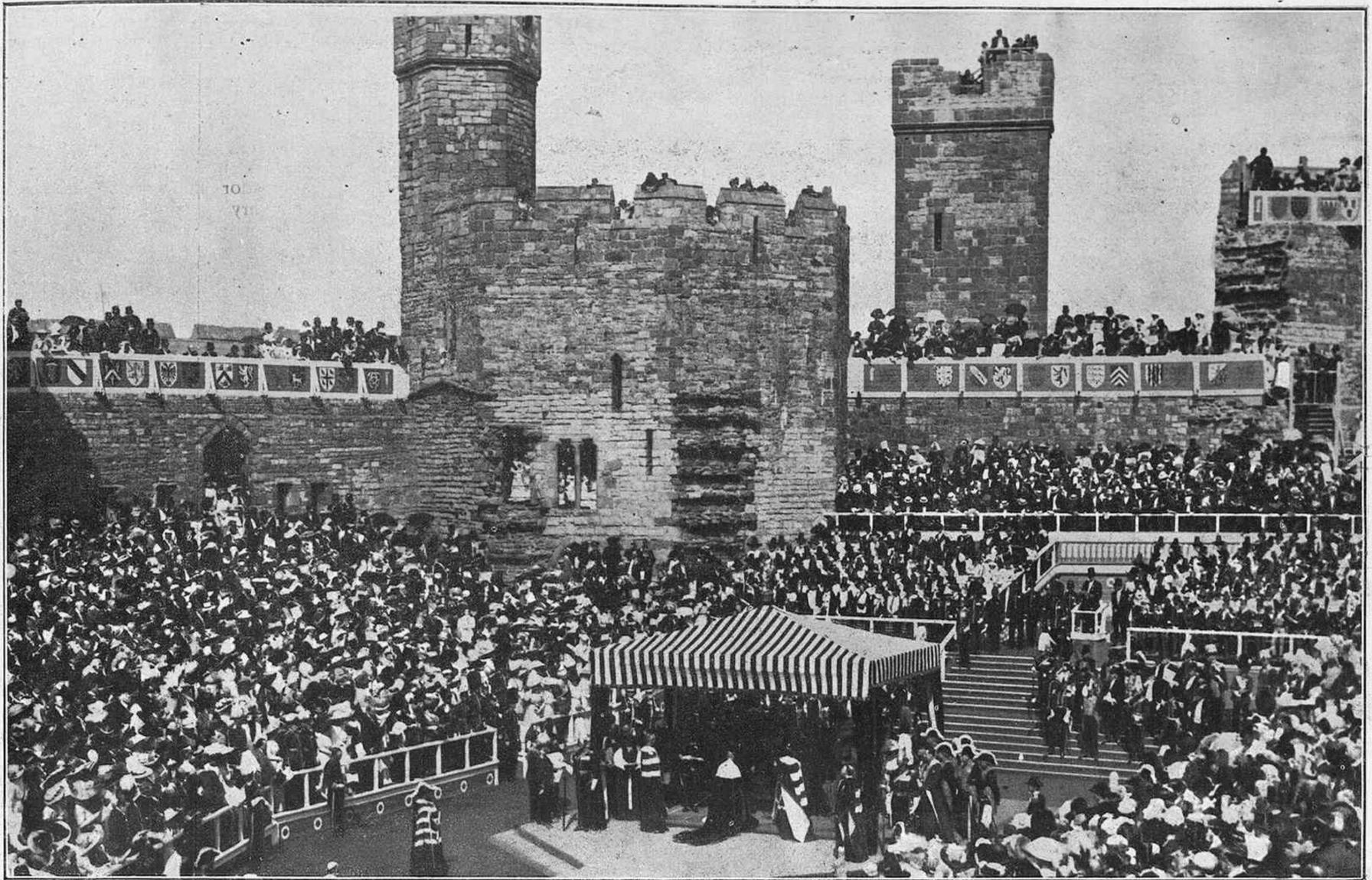


Carga de coraceros delante de la tribuna presidencial (De fotografía de Harlingue.)

Durante el desfile de las tropas aparecieron en Longchamp los tres dirigibles militares *Temps*, *Torres* y *Adjudant Vincenot*, que practicaron diversas maniobras por encima del campo y de las tribunas, siendo vivamente aplaudidos y emprendiendo el regreso, en dirección de Saint-Cloud.

La gran revista militar fué presenciada por un público inmenso que aclamó á los soldados con mayor entusiasmo aún que en años anteriores; lo que, en sentir de algunos, indica que se está produciendo una fuerte reacción contra los pacifistas y los antimilitaristas y en pro del ejército, como institución indispensable para defender los grandes ideales y los vitales intereses de la patria.—S.

INVESTIDURA DEL PRÍNCIPE DE GALES EN EL CASTILLO DE CARNARVON. (Fotografías de L. N. A. Photo.)



El príncipe de Gales prestando acatamiento al rey después de la investidura

Cuenta la historia que Eduardo I de Inglaterra, después de haber impuesto su yugo al territorio de Gales, hizo construir, en 1282, el castillo de Carnarvon y que habiendo dado muerte en una batalla al príncipe indígena, quiso dar por jefe á aquel país a una de sus hechuras. Los caudillos galeses contestaron que nunca obedecerían á quien no fuese su compatriota y entonces el monarca, á pesar de estar en lo más crudo del invierno, mandó á buscar á la reina Leonor, entonces en cinta, y cuando ésta hubo dado á luz en el castillo un hijo, el rey preguntó á los jefes galeses: «¿Aceptaríais un príncipe que no hablase una palabra de inglés?» «Lo aceptaríamos,» contestaron aquéllos. «Pues aquí tenéis á vuestro señor,» replicó Eduardo I presentándoles al recién nacido.

Así fué creado el primer príncipe de Gales.

Desde aquella época, el presunto heredero de la corona de Inglaterra ha llevado generalmente aquel título, pero ninguno de ellos ha ido á tomarlo en el país, limitándose la ceremonia de la investidura, cuando la ha habido, á la lectura de letras patentes ante la corte de Londres. Pero ahora Jorge V, al decidir que su hijo fuese coronado príncipe de Gales en el mismo castillo de Carnarvon, ha demostrado su voluntad, ya manifestada en otras cosas, de restaurar en toda su integridad las tradiciones de su casa, sobre todo las que pueden estrechar los lazos que unen al rey con el pueblo.

El acto de la investidura efectuóse con gran solemnidad el día 13 del corriente. El rey Jorge y la reina María ocupaban un trono bajo un templete levanta-

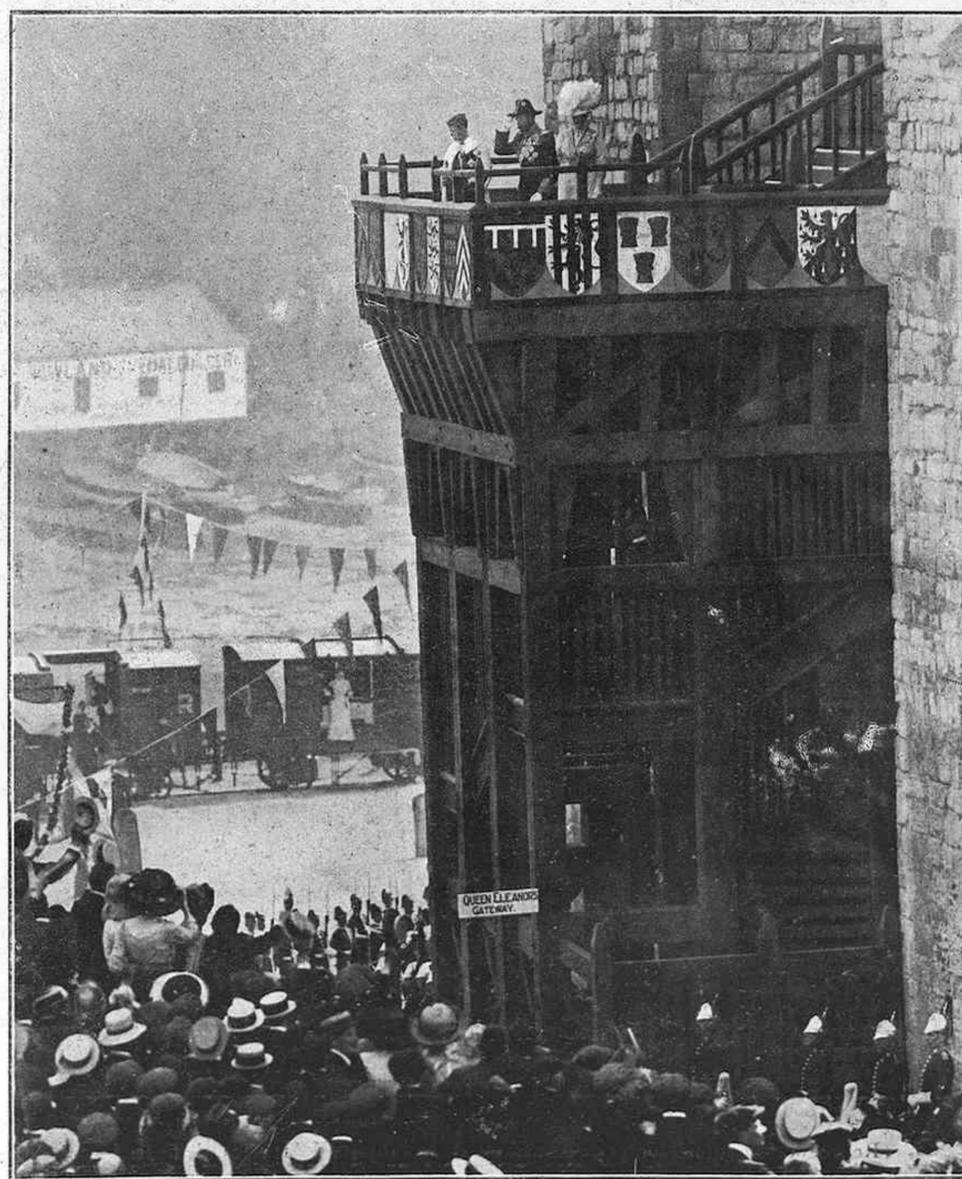
do en la parte exterior del castillo. A una señal del monarca, presentóse el príncipe Eduardo, acompañado de bardos y druidas y de los representantes de las familias aristocráticas más antiguas del principado, y se arrodilló delante de sus padres. El secretario de Estado, sir Winstor Churchill, leyó las letras patentes y el rey sucesivamente puso á su hijo el manto, dióle el anillo y el cetro y le ciñó la corona.

El príncipe leyó un discurso alusivo al acto, en el que afirmó que cumpliría sus deberes para con su rey y su principado.

Después celebráronse varias ceremonias religiosas por obispos de diferentes confesiones y los 10.000 espectadores entonaron algunos himnos.

Finalmente procedióse á la presentación del príncipe al pueblo. Acompañado del rey y de la reina, el joven Eduardo, visiblemente emocionado, con el manto desplegado y ceñida á la cabeza la corona, apareció sucesivamente en los tres portales del castillo, siendo aclamado con delirante entusiasmo por la multitud, que puso término á sus calurosas manifestaciones cantando el viejo himno galés *Tierra de mis mayores*.

El rey Jorge V ha querido imitar el ejemplo de aquellos monarcas que en vida hicieron consagrar á sus primogénitos á fin de velar por sí mismos por el establecimiento de su poder, y desde el primer año de su reinado ha procurado asegurar á su heredero la adhesión de una de las regiones en donde está más arraigado el sentimiento particularista y de hostilidad á las instituciones inglesas.—R.



El rey Jorge V presentando al príncipe de Gales al pueblo



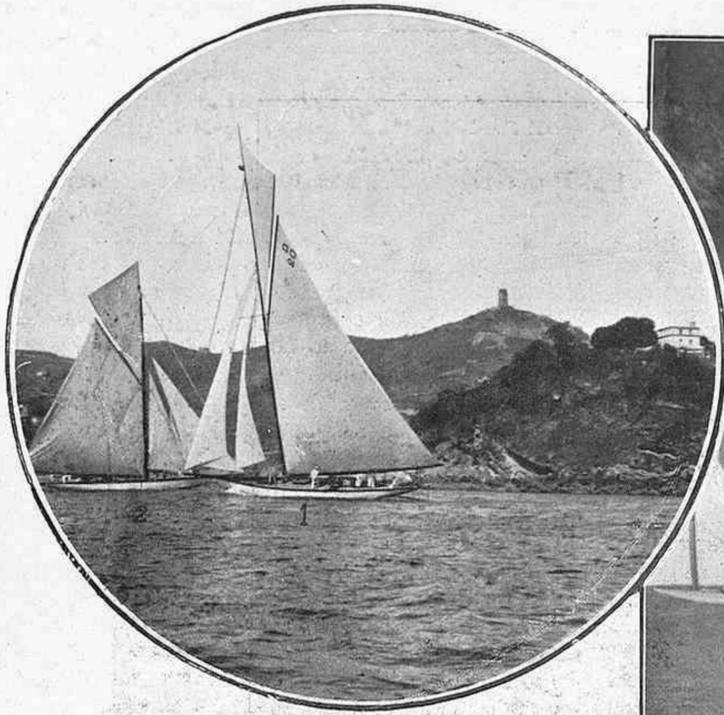
PRIMAVERA, cuadro de C. A. Lenoir

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)



REQUIEBRO ANDALUZ, cuadro de Juan Sala

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)



San Sebastián. La Semana náutica.—Los balandros *Hispania* (1) y *Tuiga* (2), que han ganado el primero y el segundo premios en la regata de la Copa de Oro Regata crucero á Guetaria. (De fotografías de Frederic.)

SAN SEBASTIÁN. — LA SEMANA NÁUTICA

Como todos los años se ha celebrado en el presente en San Sebastián la Semana náutica, es decir, la serie de regatas nacionales é internacionales que constituye una de las más interesantes fiestas que durante la estación veraniega se efectúan en la hermosa capital donostiarra.

La Semana náutica empezó el día 9 y terminó el día 15, habiendo tomado parte en las distintas regatas cuarenta yates, entre ellos cuatro de S. M. el rey D. Alfonso XIII.

He aquí la lista de los vencedores de las regatas en que se disputaron los principales premios:

*Hispania*, de S. M. el rey, Copa del presidente del Club Náutico; *Tuiga*, del duque de Medinaceli, medalla de *vermeil*; *Carmen*, de los condes de Heredia Spínola, Copa de los infantes doña María Teresa y D. Fernando; *Tonino*, de S. M., medalla de *vermeil*; *Anemone IV*, del Yacht Club de Francia, Copa del rey; *Campó*, de D. Angel Martínez, medalla de *vermeil*; *Giralda*, de S. M., Copa del infante don Carlos; *Chirta II*, de D. Víctor Chávarri, medalla de *vermeil*; *Mari-Pepa*, de D. Bernardo Romano, Copa de la reina; *Papoose*, del Club de San Sebastián, medalla de *vermeil*; *Hispania*, de S. M., Copa de oro; *Tuiga*, del duque de Medinaceli, un objeto de arte; *Tonino*, de S. M., medalla de bronce; *Chirta II*, Copa del rey; *Sagalinda V*, del conde de Zubiria, un objeto de arte; *Anemone IV*, un objeto de arte; *Phebe*, del Club de Burdeos, un objeto de arte; *Dóriga*, de D. Eduardo Gullón, Copa de la Liga Marítima; *Tonino*, de S. M., Copa del Ayuntamiento de San Sebastián; *Dóriga*, Copa del Gran Casino; *Ilse II*, de D. Carlos Wertheim, Copa de la reina Cristina; *Carmen II*, de D. Fernando Pombo, medalla de bronce; *Papoose*, medalla de bronce; é *Isabelita*, de Alfredo Budd, medalla de bronce.

El día 13 realizáse la regata crucero á Guetaria, en la que tomaron parte numerosos balandros, entre ellos el *Hispania*, que patroneaba S. M. el rey. Los balandristas, al llegar á Guetaria, fueron recibidos por el Ayuntamiento, las autoridades y numeroso público, y precedidos de una música se dirigieron á la iglesia, en donde se cantó un *Te Deum*. Poco antes, había llegado S. M. la reina doña Victoria, en automóvil.

Los soberanos y los balandristas fueron obsequiados con un almuerzo por los marqueses de Casa Torre, emprendiendo luego el regreso á San Sebastián.

El Jurado otorgó los premios de la regata crucero por el orden siguiente: *S. L. E. C.*, de los Sres. de López; *Veintuno*, de D. José M.<sup>a</sup> Chávarri; *Anemone IV*, del Yacht Club

de Francia; *Chirta II*, de D. Víctor Chávarri; *Mari-Pepa*, de D. Bernardo Romano; *Dóriga*, de D. Eduardo Gullón; *His-*

*Ilse II*, de D. Carlos Wertheim; y *Sagalinda*, del conde de Zubiria.

El domingo, 16, efectuóse en el Club Náutico el reparto de premios á los vencedores de las regatas, acto que fué presidido por S. S. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina doña Victoria.

EL AVIADOR LORIDÁN

En la mañana del día 9, el aviador Loridán elevóse en el aeródromo de Mourmelon con objeto de batir el record de altura. Su vuelo, que efectuó en un pequeño biplano de carrera Farmán, duró una hora y treinta y cinco minutos, de los que empleó una hora y veintitrés minutos para la ascensión y doce minutos para el descenso.

El barómetro indicador demostró que se había elevado á 3.280 metros, que es la mayor altura á que hasta el presente ha llegado un aeroplano. Por consiguiente, Loridán ha batido el record, dejando atrás al que lo tenía, Legagneux, quien había llegado hasta 3.100 metros.

Loridán nació en París en 1883, tiene la patente de piloto desde 19 de septiembre de 1910, y en su carrera de aviador ha realizado varias proezas coronadas por esta última, que es realmente extraordinaria.

El aparato que utilizó es, como hemos dicho, un biplano Farmán, con motor Gnome y hélice Chauviere. La prueba fué comprobada por tres oficiales del ejército y el barómetro sellado ha sido depositado en el Aero Club de Francia para la debida homologación.



El distinguido escultor Martin Canals, autor del monumento al obispo Benavente que reproducimos en la página 480.

*pania*, de S. M. el rey; *Tonino*, de S. M. el rey; *R. C. R.*, de D. Victoriano López Dóriga; *Phebe*, del Club de Burdeos;

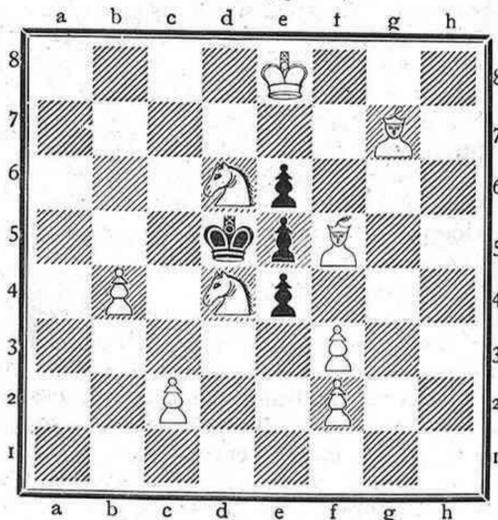


El aviador Loridán, que ha batido el record de altura, elevándose á 3.280 metros (De fotografía de Rol.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 563, POR L. VETESNIK

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 562, POR L. VETESNIK

- |                 |             |
|-----------------|-------------|
| Blancas         | Nebras      |
| 1. Dh1-f1       | 1. Cd2xf1   |
| 2. Cb6xc4 jaque | 2. R juega. |
| 3. Td6-d4 mate  |             |

VARIANTES.

- |                             |                           |
|-----------------------------|---------------------------|
| 1... Re5xd6                 | 2. Cb6-c8 jaq., etc.      |
| 1... c6-c5                  | 2. Df1-f5 jaq., etc.      |
| 1... Ab2xc3                 | 2. Df1-f5 jaq., etc.      |
| 1... c7xb6                  | 2. Df1-f6 jaq., etc.      |
| 1... Cd2-f3                 | 2. Cb6xc4 jaq., etc.      |
| 1... Otra jug. <sup>a</sup> | 2. Df1-f5 ó f6 jaq., etc. |

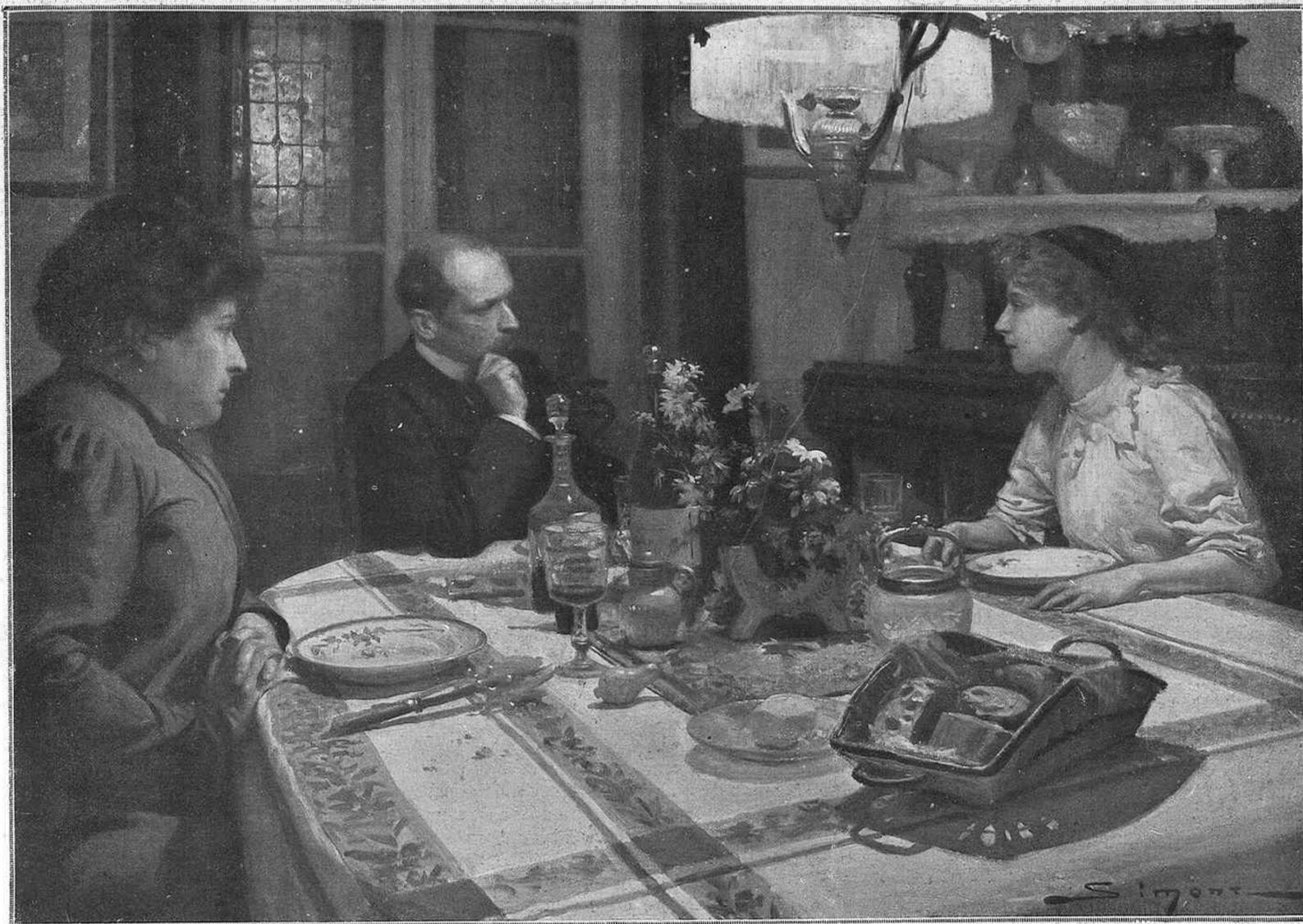
## JUSTICIA HUMANA (LE GLAIVE ET LE BANDEAU)

NOVELA ORIGINAL DE EDUARDO ROD.—ILUSTRADA POR SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

—¿Le ha sucedido á usted con frecuencia?  
—¡No! Una vez en toda mi carrera, una sola vez!  
Sin embargo, el jurado emitió un veredicto de culpa-

carrera; hace tiempo que no he vuelto á sentir las.  
—Sin embargo, espanta el pensar que puede uno  
contribuir á algún trágico error.

El método era excelente, pero, desgraciadamente,  
impracticable. Pronto lo comprendió: para seguirlo,  
hubiera sido necesario aniquilar aquellas dos decla-



—¿De qué justicia, papá? Ese hombre tiene hijos; por ellos sobre todo es necesario que no se equivoque

bilidad. Afortunadamente; porque después, el miserable confesó. Este pequeño contratiempo contribuyó á volverme más circunspecto.

—¿No se le ha ocurrido nunca pensar que en otros casos su lógica de usted pudo, por el contrario, hacer condenar á inocentes?

—¡No, á fe! Con tales ideas, no se podría vivir. Hay que tener confianza en las propias luces. Cuando se sabe razonar, ¿verdad?.. Así es que yo no conozco esa causa sino por lo que de ella he leído en los periódicos... Pero me parece que, en el puesto de usted, yo estaría muy tranquilo.

—¿Tiraría usted adelante?

—¡A fondo!.. Si vuestro Lermantes tuviera otros antecedentes, quizá tendría yo mis dudas... ¡Pero un mozo da ese jaez!.. ¡Un tipo tan perfecto de aventurero!.. ¿Cómo quiere usted que la simple casualidad le desembarace de su víctima?—¡por su propio brazo!—¡en el preciso momento en que le hace falta una herencia! Si se tratase de un hombre muy escrupuloso, muy sobrio, uno diría: «¡Sí, sí; es posible, después de todo, que sea una desgracia!..» Y aun diría esto meneando la cabeza... ¡Pero después de todo lo que se ha descubierto!..

Rutor envidiaba aquella vigorosa seguridad, aquella solidez de conciencia que ningún escrúpulo alteraba, aquella fe ilimitada en las armas del espíritu.

—¿No cree usted en la impresión personal?, se aventuró á preguntar. Es decir, en una impresión muy fuerte, injustificable, pero que contradice las apariencias, que habla en nosotros más alto que ellas?

Sorprendido, Rabins exclamó:

—¡Oh, eso sí que no!.. Esas impresiones son la tentación suprema. Proceden del espíritu malo. Algunas veces he sentido su soplo, al principio de mi

—¡No hay que pensar en tal cosa! ¡No hay que pensarlo... de ninguna manera!.. Una justicia demasiado tímida desarmaría la represión.

Esto dicho, el Sr. Rabins dió un apretón de mano á su colega y se alejó con su paso de autómatas, con una tranquila sonrisa en los labios y el brazo dolorido por el peso de su cartera.

Rutor bajó por el muelle, deteniéndose ante los puestos de libros de lance. La última frase de su colega le perseguía: «Una justicia demasiado tímida desarmaría la represión...» El principio era justo, pero no era este principio, era un hecho material lo que constituía el objeto de la causa: se trataba, no de saber á qué grado de certeza el acusado puede ser tenido por culpable, sino de sentar que Lionel Lermantes había dado voluntariamente la muerte al general Pellice; y, después de tres días de debates, esta cuestión no quedaba resuelta, y su pensamiento se cansaba de perseguirla en vano. Para fustigar su pereza, quiso marchar: la marcha le ayudaba con frecuencia, á las horas en que el trabajo del inconsciente termina el de la reflexión. Apresuró el paso, volvió á pasar el Sena por el puente de la Concordia, subió la avenida de los Campos Elíseos hasta la Estrella, y allí, saltó en un simón para regresar á su casa.

Durante todo aquel trayecto, había evitado pensar en Lermantes, dejando arrullar su espíritu por el ruido de la calle. Oyó el piano de su hija, pasó por delante de la puerta del salón en que tocaba, reconoció aquel tempestuoso prelude de Chopín que tan poco le gustaba, y se encerró en su despacho. Calmados los nervios y descansada la cabeza por el paseo, abrió de nuevo el expediente. Y dijo para sí:

—Voy á repararlo de cabo á rabo, sin tener en cuenta para nada las declaraciones de Entraque, como si no existieran.

raciones hasta en el pasado; y tanto si una ú otra era falsa, como si lo eran las dos, habían existido, y, por tanto, á pesar suyo, continuaban llenando su memoria y guiando su razón. Nada más fácil que derramar el vino que ha permanecido en un tonel: las heces y el tártaro quedan adheridos en el interior de las duelas, impregnándolas de su aroma, que transmiten al vino nuevo. Algo parecido sucedía con aquellas dos declaraciones: su mentira se había infiltrado en el proceso, y por más vueltas que le diera, Rutor se encontraba siempre con ellas; un círculo encerraba su dialéctica; sujetaban, como un nudo, las piezas desligadas del proceso; constituían su única luz. Habían constituido la base de la instrucción, que sin ellas no hubiera conducido á nada; la de los interrogatorios del presidente, y por último, la del primer proyecto de su pedimento fiscal. ¿Cómo olvidarlas ó borrarlas? Se desolaba de no poderlo conseguir. Empleó dos horas en este esfuerzo inútil; de pronto sonó la campanilla de la comida. Rutor no había adelantado un paso.

Sin imponérselo como una regla absoluta, casi nunca hablaba en su casa de los asuntos del Palacio de Justicia: con frecuencia abundan en detalles que no hubiera podido explicar delante de su hija, puesto que tienen por factores habituales la lujuria y el interés. Los juegos de estas dos pasiones pueden manchar la limpidez de los espíritus puros, y Rutor procuraba preservar el de Ana María.

Esta tenía diez y seis años. Era una niña desgraciada y encantadora. Una enfermedad mal definida entorpecía su desarrollo físico: no podía andar sino con una muleta, pues tenía su pierna derecha casi inerte. Pero tenía una cabeza deliciosa, resplandeciente de frescura rosada y nacarada, bajo una admirable cabellera rubia como el oro. La perfecta her-

mosura del rostro, el esplendor del cutis, la apariencia de salud radiante que tenía en reposo, se mezclaban con la compasión que inspira esa lástima que se siente en presencia de una obra bella no concluida. Adorada y mimada como suelen serlo los niños enfermos, se había desarrollado como flor solitaria, casi sin contacto con el mundo. Ignorándolo, se lo imaginaba á través de los libros cuya lectura le permitían; aunque prudentemente escogidos entre los más sensatos ó los más incoloros, no dejaban de conmover su imaginación, cuyos vuelos eran siempre solitarios, pues su madre, de espíritu perezoso, de calma imperturbable, no hubiera podido seguirla, y la ternura que sentía por su padre se manifestaba por una tímida solicitud. Su alma, infinitamente delicada, temía por él mil peligros que presentaba en una carrera de la cual no sabía nada, sino que en ella se fulmina el castigo contra el crimen.

La idea de los odios que excitaba le era intolerable; y mucho más lo de que podía equivocarse. La frase «error judicial» bastaba para darle fiebre. Su conciencia temía por él, como se teme el vértigo por un compañero de marcha, como se tienen presentimientos por un amigo. A veces temía la venganza de un malhechor, y se imaginaba, palideciendo, una escena en que él caía bajo la bala ó el puñal; otras veces, las más, se figuraba que se convertía en instrumento involuntario de una de esas trágicas equivocaciones cuyo espanto la perseguía: entonces, una indecible pena abría sus ojos ignorantes de la injusticia y el dolor que hacen estragos en el mundo.

El proceso Lermantes excitó demasiado la atención de todos para escapar á la suya: desde un principio, Ana María experimentaba un sordo malestar cada vez que oía hablar de ello. ¡Era tal el misterio que envolvía el drama! Este la oprimía con su terror sordo. El día que Rutor anunció que había recibido la misión de representar en él el ministerio público, ella palideció y le dirigió una mirada de espanto. Quizá él la notó; quizá aquel movimiento de su hija no fué ajeno á la singular expresión de angustia que le oprimía cada vez que abría el expediente; quizá desencadenó aquella voz interior que le advertía sin que su razón lograra ahogarla. No había dicho una palabra de lo que pasaba en Versalles; y adivinaba que el asunto no dejaba dormir á su hija.

La comida fué taciturna Rutor continuaba su trabajo de espíritu sin ocultar su preocupación. Frases insignificantes cayeron de los labios, de minuto en minuto. Había fresas entre los postres. La señora de Rutor dijo:

—Son buenas.

Rutor repitió, terminando su ración:

—Sí, son buenas.

Y se estaba allí, vacilando entre su gran necesidad de abrir su corazón, y su voluntad de guardar para sí solo su íntima angustia. De vez en cuando, encontraba la mirada de Ana María, que le interrogaba, y entonces apartaba los ojos.

—¿Parece que estás hoy fatigado?, preguntó la señora de Rutor, con su voz tranquila.

El contestó:

—Hacia muchísimo calor en Versalles.

Ana María adivinó que esta alusión al proceso corriente ocultaba el secreto deseo de hablar de él.

—¡Papá!, exclamó la muchacha, ¿qué van á hacer ustedes de ese infeliz?

Como él no contestara más que con un gesto de perplejidad, ella continuó:

—¡Tenía un miedo de que hoy tuvieses que pronunciar tu requerimiento, papá!.. ¡Sentía que ibas á ser muy severo, y todo eso es tan obscuro!..

—¿Tan obscuro?.. ¿Has seguido el proceso en los periódicos?

—Sigo todos los procesos en que debes hablar, papá.

El trató de sonreír:

—Preferiría que no los siguieses, dijo. Por lo demás, no es fácil comprenderlos, en esas reseñas. ¿Por qué temías que mi requerimiento viniese hoy más bien que mañana?

—Esperaba algo, papá; algo que hiciera brillar la verdad.

—Algo ha sobrevenido, en efecto, pero la verdad no ha brillado.

Rutor miró alternativamente á su mujer y á su hija, añadiendo:

—¿Estáis al corriente?..

—Sí, dijo su esposa, hemos leído juntas, hace un rato, los periódicos de la tarde.

Le daba cierta vergüenza consultarlas, sobre una causa que se había prometido juzgar por sí mismo; sin embargo, preguntó, mirando á su mujer:

—¿Qué impresión tienes de todo eso?

—Me has dicho á menudo que á veces no hay más remedio que juzgar sin pruebas ciertas, por un con-

junto de presunciones. Aquí, sin embargo, me parece que son en mayor número las que hacen creer en la inocencia del acusado.

Esta manera tan sencilla de reducir el problema á un cálculo de proporciones sorprendió vivamente á Rutor.

—¿Por qué crees eso?, preguntó.

—No me sería fácil explicártelo. Es una especie de intuición... No, no sabría decirte por qué las razones en favor de Lermantes me parecen las mejores; pero es mi convicción íntima... ¿No hemos de fiarnos a veces de nuestro instinto?

Rutor recordó su conversación con Rabins, y dijo:

—Hay que juzgar siempre según la razón.

Con todo su rostro expresivo, Ana María había aprobado las contestaciones de su madre. No pudo contenerse más, y exclamó con una especie de exaltación:

—¡Oh, papá!.. ¡El otro mentía, ese Entraque, bien se adivinaba!.. ¡Y él, Lermantes, no ha dicho nunca más que la verdad!.. Tú, que le has visto de cerca, debes saberlo mejor... ¡Pero, aun á través del periódico, papá, oíamos el acento de la verdad!

—¡Niña!, ¿cómo quieres que uno se fie de tales impresiones? ¡Engañan tan á menudo!.. ¡Los malhechores son tan astutos, emplean tales argucias!.. Si vieses de qué modo se defienden, sabrías cómo hay que recelar de ellos.

—Ya me figuro que hacen todo lo que pueden para engañar á los jueces, papá... Sin embargo, ¿no es preferible soltar cien culpables á condenar un inocente?

Rutor convino en ello:

—Ciertamente, desde el punto de vista de la justicia absoluta...

Luego recordó la última frase de Rabins: «Una justicia demasiado tímida desarmaría la represión;» y reprodujo el tema por su cuenta, variándolo un poco:

—Pero la justicia absoluta no es de este mundo. No disponemos más que de una justicia relativa. Esta no tiene por único objeto la exacta repartición de las penas; intentamos también que nos proteja contra el crimen. Hay que adaptarla á sus fines...

La joven estaba en la encantadora edad en que lo absoluto no parece inaccesible, en que la fe permanece intacta, en que la conciencia generosa no transige:

—¡Oh, papá!, murmuró.

Rutor dirigió á su hija miradas angustiosas y tristes, como cargadas de un hartazgo de conocimiento del mal. Le dolía desengañar el puro ardor de aquella alma límpida; pero ¿cómo tocar á las cosas humanas sin bajarse á su nivel?

—Repito que los malhechores son extremadamente hábiles, continuó. Entre ellos y la justicia, hay como un duelo en que tienen ciertas ventajas, puesto que las peores armas son buenas para ellos. No siempre se puede tocar un crimen con las manos; el día que exijamos certezas materiales, escapan á nuestras redes, cuyas mallas se habrán aflojado. Se sentirán los más fuertes: la impunidad aumentará su audacia y su número. Supongamos á Lermantes culpable y absuelto: ¡qué estímulo para los asesinos más solapados y astutos!.. Supongámosle inocente y condenado... ¡Oh!, es abominable, convengo en ello, y esta idea me hace estremecer... Sin embargo, condenado sin razón ¿lo sería del todo injustamente?.. ¡Terrible cuestión!.. Hay quizá una balanza invisible, que regula fuera de nosotros ese juego de compensación entre la falta y la pena; quizá no somos más que el azote inconsciente de la justicia; quizá nuestros mismos errores sirven á sus insondables designios...

—¿De qué justicia, papá?.. ¡Ese hombre tiene hijos; por ellos sobre todo es necesario que sea verdadera y no se equivoque!..

Estas palabras de Ana María brotaron como un relámpago en medio de las tinieblas de la noche: el andamiaje de las razones prácticas y de argumentos sociales, que Rutor acababa de levantar, se desmoronó. Un error que la ley sanciona, no alcanza solamente á la víctima: se prolonga hasta el infinito en la duración, se perpetúa á través del porvenir en las generaciones que aun han de nacer, deposita en un rincón del mundo fermentos nefastos de los cuales nadie sabe lo que saldrá un día. Hiriendo, por detrás del inocente, á los inocentes nacidos de él, determina de antemano el destino de almas que aun no existen; más pernicioso que el crimen, más mortífero que el puñal ó el veneno, produce efectos más funestos que los peores crímenes.

Rutor oyó todo esto, como si el grito de su hija expresase la queja de los miserables condenados injustamente, cuyos hijos sublevados se convertirán quizá á su vez en vengadores de sus padres; instrumentos también, á su manera, de esa otra justicia que

el magistrado acababa de invocar, de esa justicia cuyos actos severos se cumplían independientemente de los hombres, y que no es quizá, después de todo, sino una manifestación más cruel de la lucha ciega, sin leyes, sin equidad, en que corren á torrentes nuestras lágrimas y nuestra sangre.

—¡Ah!, murmuró; ¡los hijos!..

Siguió un silencio profundo, en torno de los mantos blancos. Lo rompió la voz apacible de madama Rutor:

—También me has dicho á veces que debíais establecer vuestra convicción sobre los hechos, sin mirar más allá, y que, si se atuviesen á esta regla fija, habría más probabilidades de evitar el error. ¿No es el caso de aplicarla?.. ¿Qué importa lo que haya sido Lermantes hasta el accidente? ¿Tuvo intención de matar? ¡Todo está ahí!.. Si no habéis encontrado hechos ciertos que lo demuestren, la prueba no existe. Y tú, si alguna duda te queda ¿podrás reclamar una condenación?

Ana María, temblando de su audacia, añadió:

—¡Cómo no tener ninguna, gran Dios!..

—Voy á ver todavía, concluyó Rutor.

Y, habiéndose levantado de la mesa, volvió á abismarse en el sombrío expediente.

## XXII

Al ir á su pupitre, á la derecha del tribunal, Rutor dió un vistazo á la sala, llena de bote en bote, como el día anterior. En aquella masa de cabezas apiñadas reconoció al azar á Chaussy, á Juan Bogis, á Aurora Winkelmatten, y en la tribuna al lado de madama Nudrit acompañada de la baronesa Khárv, al señor Rabins, con la cabeza atornillada en el alto cuello de su camisa.

—¿Qué va á decir mi colega al ver que tan mal sigo sus consejos?, se preguntó; pues no había podido resolverse á sostener la acusación con todo su vigor, ni á abandonarla del todo, y estaba descontento del compromiso, pues no era hombre de términos medios.

En aquel momento sus miradas se encontraron; uno al otro se saludaron con un gesto. Las últimas palabras de su conversación del día antes cruzaron por la mente de Rutor:

«Una justicia demasiado tímida desarmaría la represión.»

Este principio nunca le había parecido tan luminoso.

—Rabins no hubiera vacilado como yo, dijo para sí, acusándose ya de su debilidad.

Todo esto había ocurrido muy aprisa, mientras se restablecía el silencio.

Siempre emocionado en el momento de hablar, lo estaba esta vez mucho más que de costumbre; tenía las manos frías, la cabeza ardiendo, el pecho oprimido. Echó una ojeada al plan de su discurso, y sintió que sus ideas se embrollaban. Pero el presidente le dió la palabra. Él se levantó como un autómatas, puso el birrete á su lado, y empezó, casi asombrado de encontrar las palabras, las frases que había preparado.

Después de un breve exordio compuesto de lugares comunes, algunas frases sangrientas ejecutaron á Entraque, «tan pronto en extraviar á la justicia á medida de sus pasiones, tan audaz en desafiarla hasta en su recinto, usurpando ese derecho de castigar que ella sola posee.» Reconoció que el desmoronamiento repentino de aquel testimonio falso, tenido hasta última hora por base principal de la acusación, dificultaba su tarea, haciéndola más laboriosa; sorprendido por semejante incidente, había vacilado un instante sobre su deber; si no se remitía simplemente al juicio del jurado, era porque creía que su cargo le obligaba á rechazar una solución demasiado cómoda que le descargaría de sus responsabilidades. Sin tratar de influir en la decisión de los árbitros soberanos de la causa, se esforzaba en exponerles el estado de la misma con la mayor imparcialidad posible, olvidando las declaraciones contradictorias de Entraque que convenía descartar «como un elemento de trastorno y de mentira.»

La moderación de este exordio impresionó vivamente al auditorio. En el mismo tono mesurado, Rutor pasó por alto los antecedentes de Lermantes, y dijo por qué: se trataba de uno de esos actos extraordinarios, que no se encadenan necesariamente con nuestros actos anteriores, de un hecho cuya realidad no es posible demostrar por medio de deducciones ó razonamientos. Un acusado ¿es ó no capaz de un crimen? Puede haberlo cometido aunque no lo parezca, ó viceversa. La cuestión es saber si lo ha cometido. No se puede contestar sino examinando el conjunto de los datos reunidos por la instrucción. En el caso presente, no se poseían más que testimonios, ninguno de los cuales imponía la certeza; tratar de determinar

los móviles de Lermantes, ó la calidad de sus actos, era perderse en las tinieblas.

Los dictámenes de los tenedores de libros permitían establecer que Lermantes tenía evidente interés en la muerte del general, por poco que conociese ó sospechase la existencia de un testamento á su favor. Desgraciadamente este punto esencial no se había aclarado: la trágica declaración de Luisa Donnaz no hacía más que añadir un argumento en favor de la hipótesis más abrumadora; pero no bastaba para establecerla. Otras circunstancias la apoyaban igualmente: la visita á la Combette, que Lermantes había creído necesario justificar de antemano con el pretexto de una cura en Aix que no había hecho; las largas conversaciones con su huésped, atestiguadas por el criado Justino; la fecha del testamento, redactado pocos días después de su marcha; hasta ciertas palabras del general referidas por el notario Loria, si se las exprimía un poco. Rutor recordó aquellos hechos «singulares» en un lenguaje firme y frío, sin énfasis, y les dió más peso declarando que no constituían propiamente hablando pruebas morales, aunque su número imponía.

Llegando al hecho, Rutor conservó la misma prudencia: habiéndolo desembarazado de los detalles accesorios, no retuvo más que un pequeño número de argumentos, uno de los cuales sobre todo le pareció que «bastaba para justificar las peores sospechas.» Lermantes, excelente tirador, orgulloso de su destreza, yerra al gamo. «animal cuya altura no pasa de un metro,» y mata al general, hombre de elevada estatura, hiriéndole un poco más arriba de la tetilla, es decir á un metro y treinta y cinco al menos: «¡Torpeza inexplicable! ¡Desviación que desorienta el espíritu! Se alegrará que los cazadores más hábiles pueden extraviar una bala, y es verdad. Mas para explicar que la bala que se supone destinada al gamo hiriese al general, hay que admitir: una primera casualidad que hace pasar al general por el taller exactamente detrás del gamo, en el segundo preciso en que éste atraviesa el claro; una segunda casualidad que hace que la bala se extravíe en altura; una tercera casualidad que la dirige sobre un órgano esencial; extraña combinación de casualidades, sobre todo si se piensa en todas las que ya se han reunido en torno de esta causa.»

Hasta aquí, Rutor se mantenía, en suma, dentro de los límites de su programa; su palabra se amoldaba á su pensamiento, sin deformarlo ni abultarlo; no se extralimitaba ni en el razonamiento ni en la expresión; se abstenía de efectos violentos y fáciles de que hubiera abusado sin duda un orador menos escrupuloso. Unos encontraban el método hábil, peligroso para el acusado; otros lo juzgaban demasiado flojo, mal apropiado á la mentalidad supuesta del jurado; éste era el parecer de Rabins, cuyo rostro adquiría una expresión de disgusto. Todos, sin embargo, escuchaban con el respeto que impone una palabra sincera, al servicio de la verdad. Rutor se detuvo un instante, tósio y dijo:

—... Tal es, señores, tan escrupulosamente como he podido establecerlo, el balance de esta extraña causa: quizá una de las más perturbadoras que se han visto en los fastos judiciales, la que en el curso de mi carrera he seguido con más ansiedad y con más vacilaciones. Pero no vacilo en confesároslo, no esperéis de mí que, en presencia de tal misterio, trate de influir en vuestra convicción...

Rabins tuvo como un sobresalto, Chaussy hizo un gesto de cólera y Brevine un movimiento de sorpresa.

—... No me atrevería. Sé que vuestra conciencia, en su rectitud, os guiará. Tengo, sin embargo, el deber de suplicaros que fijéis toda vuestra razón en los argumentos desfavorables que he tenido que presentaros. No me han convencido en absoluto, lo he reconocido con franqueza; mas no por eso habéis de dejar de pensarlos en vuestras propias balanzas, que, quizá, marcarán con más seguridad su peso. En cuanto á mí, no puedo deciros más que una cosa: juzgad según vuestras luces, sin ideas preconcebidas, sin preocupaciones ni debilidad, con entera independencia. Juzgad como deben hacerlo hombres investidos de un gran poder, puesto que es sin apelación, y de igual responsabilidad. Juzgad dentro del espíritu del juramento que habéis prestado, del cual habéis comprendido todo el sentido y al cual no faltaréis.

Contaba detenerse aquí; seguramente los que sueñan con una justicia tan escrupulosa en sus métodos como las ciencias más ajenas á las pasiones de los hombres, hubieran saludado este discurso sin aparato, ponderado, conciso, lúcido, equitativo, de poco efecto y mucha sensatez, en que el magistrado había desempeñado su misión sin extralimitarse, como investigador imparcial á quien inspira y contiene el sentido de la verdad.

¿Quién le impulsó á continuar? ¿Una súbita vuelta

de la propensión profesional? ¿Una mirada al malhumorado rostro de Rabins, que despertó su temor de «desarmar la represión?» ¿Una sonrisa algo irónica de Brevine, sorprendido de su mansedumbre? ¿Uno de esos impulsos inexplicables que surgen de nuestras almas para destruir la obra de nuestra razón ó de nuestra voluntad?.. ¿El temor de inclinar del lado de su sentimiento?.. ¿Quizá el de haber cedido demasiado á las dulces influencias de la víspera?.. Volviendo bruscamente á su punto de partida, echó en la balanza todo el peso de los antecedentes que había abandonado al principio. Hasta el tono de su discurso cambió; ahuecóse la voz, más amenazadora, las frases se alargaron, el gesto y el vocabulario retrobaron con más énfasis.

—No olvidéis, sin embargo, señores, que no tenéis delante á uno de esos hombres cuyo carácter y cuyo pasado imponen tal estimación, que uno se avergonzaría de mancharlos con una sospecha. Habéis oído la historia de su vida; no os recordaré una vez más los hechos que se han alzado contra él, como otros tantos testigos terribles...

Los recordó, sin embargo, cotejándolos, relacionándolos, interpretándolos con el más intransigente rigor.

—... ¡Miradle, señores! ¡Ved su abatimiento!.. No he querido pronunciarme sobre el terrible secreto que oculta quizá, á fin de respetar mejor vuestro juicio soberano. Pero estoy seguro de que á estas horas siente pesar duramente sobre él la carga de esa existencia tan brillante y tan pesada, algunos de cuyos cuadros sugestivos hemos visto desfilar delante de nosotros; de esa existencia cuyo brillo exterior han empañado tantos actos moralmente culpables, tantas faltas y debilidades de toda especie; piensa con amargura en todas las aguas impuras que han pasado sobre su conciencia; se siente como envuelto en la reprobación general, algunas de cuyas manifestaciones el señor presidente ha tenido que reprimir. Quizá se ha contemplado por primera vez en un espejo verídico é implacable; quizá se ha visto por primera vez tal como es en realidad, despojado de su vano prestigio, fuera del torbellino de negocios y placeres en que hallaba el olvido de sí mismo. Aquel torbellino le había impedido hasta ahora cuidar de su conciencia; por esto sin duda se había relajado poco á poco en la facilidad de su vida y de nuestras costumbres, hasta llegar á ser tan maleable é inconsistente, que ya no contradecía ninguno de sus caprichos, y que ninguno de nosotros sería capaz de calcular la débil resistencia que podía oponer á las peores tentaciones. Sí, señores, arrastrado por la corriente del siglo y por su propia debilidad, este hombre se hizo, según una expresión famosa, un alma «de cera para el vicio.» Y un alma de tan blanda aleación, de tan dudosa ley, un alma tan pronta á deslizarse hacia el mal, puede deslizarse... Iba á decir: puede deslizarse hasta el crimen, No lo diré. A vosotros toca juzgar. A vosotros toca fijar los espíritus flotantes, que tantos incidentes y cambios han desconcertado. A vosotros toca decir al tribunal si hay que hacer caer esta cabeza, ó dejar este hombre al beneficio de las dudas, por ligeras que sean, que estos debates no han borrado quizá en todos los espíritus.

—Bastante hábil, dijo Languard á la señora de Luseny. La peroración contradice el exordio; pero ¿quién lo notará?, ¡es de gran efecto!

Y Juan Bogis á Chaussy:

—¡Muy bien!.. ¡Demasiado quizá, para el jurado! Chaussy le dirigió una mirada furiosa; acababa de decidir que, si el veredicto era negativo, lo achacaría á Rutor, y le atacaría con todo el vigor posible:

—¡Calle usted hombre!, gruñó; ese animal ha hablado como un papanatas.

Faltó tiempo para cambiar impresiones: como el pedimento fiscal había durado apenas cincuenta minutos, el presidente dió en seguida la palabra al defensor.

Brevine improvisaba enteramente sus defensas, sobre un plan que casi nunca seguía; de ahí ese calor, ese movimiento, esa animación, que tanta vida daban á su elocuencia; de ahí también cierto desorden en la disposición del discurso y hasta en el giro de las frases, con frecuencia cargadas de paréntesis que se cruzaban, pero sin que este desorden impidiese á los argumentos formar un apretado conjunto, y á los detalles concurrir al objeto final. Como siempre tenía miedo al tomar la palabra, el principio de su discurso era de ordinario enrevesado ó incoherente; hacía pensar en esos grandes pájaros que agitan pesadamente sus alas antes de tender el vuelo, como en el doloroso temor del sostenido esfuerzo que van á hacer. Empezó con largos períodos, llenos de cumplimientos al presidente y lisonjas al jurado, y, en el momento en que más embarazado parecía, tomó un vigoroso impulso:

—Ante todo, señores, apartemos una leyenda que podría, si algo de ella subsiste aún en vuestro espíritu, cohibir la libertad de vuestro juicio. La acusación, que se precia de imparcial, y que, á ratos, toma en efecto, todas las apariencias de la imparcialidad, ha empezado por abandonar esa leyenda; pero fué para reproducirla con más vigor á fin de avivar en vosotros su impresión ó su recuerdo: hablo de la leyenda de un Lermantes emprendedor de negocios sucios, vividor sin escrúpulos, una especie de *condottiero* de la industria ó de aventurero del placer. Señores, por toda respuesta, me limitaré á remitiros á los testimonios que habéis oído, á los de los colaboradores ó socios de Lermantes que han venido á rendir homenaje á sus cualidades y á su rectitud; al del Sr. Chaireire, ilustre escritor, que lo ha conocido desde la infancia; á su labor enérgica y perseverante; á los cuadros de su vida que, como ha dicho el señor fiscal, han pasado delante de vuestros ojos. Y ¿qué hemos visto, señores? Hemos visto un hombre como los demás, formado de una mezcla de bien y de mal, un hombre del cual no os diré ciertamente que fué irreprochable en todo, pero un hombre cuyo trabajo ha hecho vivir á millares de semejantes, ha abierto al comercio y á la industria nuevas salidas y mercados nuevos, ha ayudado á la expansión de la civilización y del genio franceses; un hombre á quien debemos tres puertos, puentes y faros, sin hablar de ese ferrocarril aéreo que fué uno de vuestros placeres durante la última Exposición. Y yo os preguntaré, señores ¿regatearéis á semejante hombre, igual á tantos otros á quienes nadie reprochó nunca la opulencia, el derecho de dar algunas fiestas suntuosas y prodigar, si le place, un dinero que gana sin quitar nada á nadie, sino, por el contrario, aumentando nuestro capital social, nuestro bienestar colectivo, nuestro poder sobre los elementos? Ha habido algunas debilidades en su vida privada. ¡Ah, señores, no extrememos la justa severidad que debemos tener para tales faltas, en este recinto en que se juzgan los crímenes, y no las debilidades ni los pecados! Tengamos el valor de decir: ¡Hay cierta facilidad de vida que se puede y se debe condenar en nombre de la moral, pero que sería singularmente peligroso pretender que constituya en sí una preparación al asesinato, una especie de caldo de cultura para los microbios del homicidio! No, señores, por haber vivido como tantos otros, este hombre no merece los anatemas que el señor fiscal le ha fulminado en su peroración, que es, por otra parte, un magnífico trozo de elocuencia. Este hombre es, lo repito, una mezcla de bien y de mal, como todos nosotros. Cuando se le observa sin prevención, con esa igualdad de alma que se debiera guardar en todo, pensando simplemente en juzgarlo con humanidad, conforme á lo verdadero, se siente uno inclinado á decir de él lo que Rousseau dice de sí mismo en la primera página de sus admirables *Confesiones*: «¿qué hombre fué mejor que éste?..»

Brevine debía parte de sus éxitos á su sentido exacto de las proporciones. Una vez más, acababa de dar la nota justa, opuesta á la severidad hierática de su adversario. Su indulgencia un poco rastrera, excesiva sin duda, pero proporcionada á nuestras debilidades, debía parecer más equitativa á aquellos hombres imperfectos. Reducía la solemnidad de su pasajero papel de justicieros colocándolos al nivel de sus costumbres cotidianas, de su moralidad usual. Al fin y al cabo, nada de lo que les habían hecho ver de Lermantes le señalaba á sus ojos para el crimen: no había entre ellos uno solo que no hubiese cometido, á proporción, actos equivalentes á los que la acusación presentaba poco menos que como otros tantos crímenes. Kloesterli, tan prudente, recordó prodigalidades increíbles. un día que sus negocios le habían llevado á París. Durnant y Souzier eran viudos, y ninguno de los dos había guardado durante año y medio su intacta fidelidad á la difunta. El coronel Ollomont se acordó de una calaverada, perdonada á sus cuarenta años por la indulgencia de su mujer, y que en el fondo no era más excusable que la que reprochaban á Lermantes. Aquel llamamiento indirecto á la modestia permitió, pues, á Brevine emprender sobre un terreno más propicio la discusión de los testimonios. Insistió desde luego sobre la confesión de Rutor, de que los más desfavorables no aportan ninguna prueba decisiva; eligiendo luego, entre los argumentos «más especiosos» del pedimento fiscal, «el más impresionable, el que su propio adversario había dado como tal,» —la desviación de la bala— lo refutó con bonachona gracia:

—Ignoro cuáles son las distracciones preferidas del señor fiscal; pero apostaré á que no es cazador ni tirador...

Rutor bosquejó una semisonrisa de asentimiento.

(Se continuará.)

## HABANA.—LA EXTRACCIÓN DE LOS RESTOS DEL «MAINE»

El día 15 de febrero de 1898 se produjo en la bahía de la Habana la voladura del *Maine*, buque de guerra norteamericano enviado á aguas cubanas por el gobierno de los Estados Unidos con la aparente intención de proteger á los súbditos de aquella nación.

No hemos de historiar los hechos, de todos bien conocidos; pero quizás no estarán de más algunas consideraciones.

La voladura del *Maine* creó un estado de opinión contradictorio. Supusieron los españoles y los que con ellos simpatizaban, que había sido obra de los mismos americanos para precipitar una guerra con España; propalaron los americanos que eran españoles los autores de la voladura, que habían llevado á cabo como un acto de odio.

Para esclarecer los hechos, el gobierno de Washington y el de Madrid nombraron sus comisionados, cuyo examen en realidad nada aclaró en un sentido absoluto. Los comisionados americanos declararon que la explosión había sido de afuera hacia adentro, esto es, que obedecía á una mina submarina; y aunque el gobierno de los Estados Unidos no declaró responsable á España de la destrucción del *Maine*, el pueblo americano sí la consideró como tal, siendo el *Remember the Maine!* (¡Acordaos del Maine!) el grito de guerra que enardeció y conmovió á toda la República.

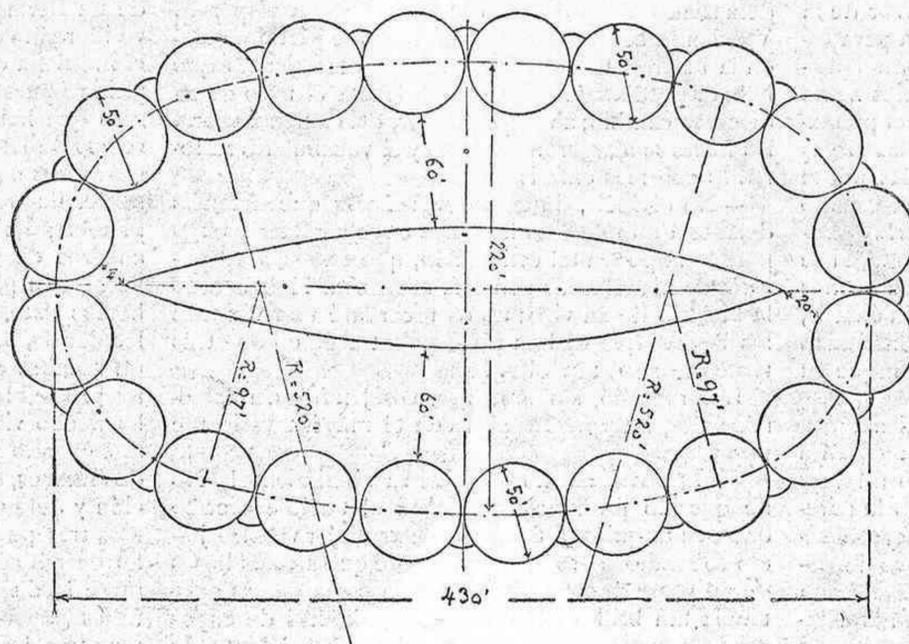
Por su parte, los comisionados españoles afirmaron que la explosión era de dentro hacia afuera, de lo que se deducía que bien era debida á un accidente ó que había sido provocada con malévolos propósitos. Los que admitían esta última suposición, la fortalecían con el hecho de que, al ocurrir la explosión, todos los oficiales, excepto dos de poca graduación, se hallaban fuera del buque.

Nosotros creímos, desde el primer momento, que la voladura del *Maine* fué un accidente casual y en modo alguno un hecho premeditado, y atribuímos el incidente al choque fortuito con una mina ó á la explosión de la santa bárbara. Basábamos nuestra creencia en que no tenía explicación razonable la voladura del buque como obra premeditada de españoles ó americanos. Por parte de los primeros, porque con ella ningún fin beneficioso podía lograrse y sí en cambio muchos perjuicios para la causa de España en Cuba; por parte de los segundos, porque no era indispensable la consumación de un acto tan inhumano para ir á una guerra con España. La voladura del *Maine* fué un accidente que precipitó los acontecimientos, pero que no los motivó. La acción armada de los Estados Unidos era ya inevitable, más tarde ó más temprano. La separación de Cuba de España era cosa ya admitida como necesaria y conveniente en el ánimo de los hombres de Estado americanos.

Otra razón de peso nos afirmaba en nuestra creencia, y era que un acto como el de la voladura del *Maine*, de ser intencional, tanto por parte de los americanos como de los españoles, suponía la necesaria intervención de un gran número de personas, como inductores, cómplices y ejecutantes, pertenecientes á diversas categorías, y sabido es que en actos de tal naturaleza es imposible guardar un secreto absoluto. Y convengamos en que el secreto de la vo-

ladura del *Maine* sigue tan impenetrable como el primer día que ocurrió, no obstante haber transcurrido ya trece años.

construcción de la gran ataguía, bajo la dirección de una comisión competente nombrada por la Secretaría de Marina.



Plano de la ataguía construida para la extracción de los restos del «Maine»

El Congreso de Washington acordó llevar á cabo en la bahía de la Habana las obras necesarias para la extracción de los restos del *Maine*, votando al efecto créditos por valor de 650.000 pesos y disponiendo que los trabajos se ajustaran al siguiente plan:

- 1.º Poder inspeccionar los restos del buque para averiguar las causas del desastre;
- 2.º Extraer los despojos que aun quedan de los cadáveres de los tripulantes y llevarlos al cementerio de Astintong, y
- 3.º Colocar los efectos militares del *Maine* sobre la tumba de los marinos en él pericidos.

La comisión de ingenieros militares nombrada por el Congreso para que llevara á la práctica su acuer-

modo que dentro del menor espacio posible rodea todo el buque; la proa de éste dista de los cilindros 20 pies, la popa 14 y 60 los costados.

Se estima que la ataguía, una vez extraída toda el agua de su recinto, resistirá perfectamente la enorme presión de las aguas circundantes; pero para el caso desgraciado de que amenazara ceder, se ha construído una compuerta para restituir el agua al interior.

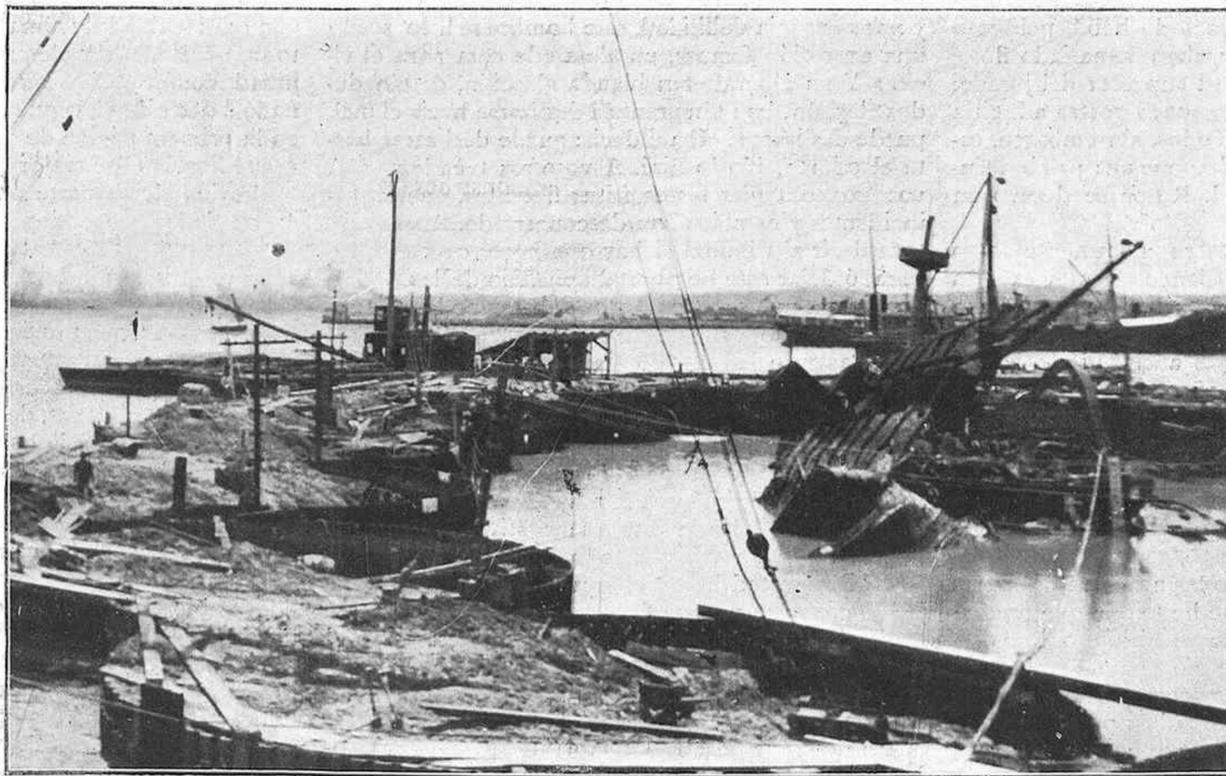
Desde hace algunos días comenzaron los trabajos de extracción de agua, estando ahora el nivel del agua dentro de la ataguía unos 12 pies más bajo del nivel del mar. El casco del *Maine*, hasta la línea de flotación, ha quedado ya en seco, habiéndose suspendido los trabajos de achicamiento hasta lograr

limpiar toda la parte visible del buque de una enorme cantidad de fango que se ha ido acumulando durante los trece años que ha estado hundido en la bahía.

De las cámaras y de la cubierta del buque se han extraído ya varios objetos, en su mayor parte de uso personal de los tripulantes, que la comisión americana guarda como reliquias. La torre, que casi era lo único que sobresalía del buque hundido y que durante tantos años ha constituido un triste monumento en la bahía de la Habana, ha sido ya enviada á los Estados Unidos para ser colocada en la tumba que guarda los restos de los marinos del *Maine*.

La visita de la ataguía constituye hoy un gran atractivo para la población habanera. Es en verdad un espectáculo emocionante ver surgir del fondo de aquel enorme pozo artificial el desmantelado casco del buque, evocando la gran tragedia que en él se desarrolló en noche memorable para todos los habitantes de la Habana.

¿Se logrará esclarecer el secreto de la explosión que causó la pérdida de dicho buque? Es dudoso. Por de pronto el general Bixby, presidente de la comisión americana, ha declarado que es lo más probable que continúen ignorándose eternamente las causas de la voladura, pues los grandes deterioros que ha sufrido el casco en el largo período que ha estado sumergido en el fondo de la bahía dificultarán



Vista seccional de un extremo de la ataguía. En el centro se ven los restos del «Maine»

do, de entre los diversos proyectos que se le presentaron eligió el que más se adaptaba á las condiciones exigidas. Consistía dicho proyecto en construir una gran ataguía alrededor del sumergido buque y proceder luego á la extracción del agua de su interior, hasta dejar el *Maine* en seco. En tales condiciones el examen podía hacerse con toda facilidad, de conformidad con la primera condición impuesta por el Congreso. Una vez examinado el casco del buque y según su estado, se determinaría lo más conveniente, bien en el sentido de hacer flotar el buque para trasladarlo á Norte América, ó para extraerlo á partes para sumergirlo en alta mar.

Y procedióse inmediatamente á los trabajos de

el examen, siendo imposible determinar si la explosión fué interna ó externa.

El misterio seguirá, pues, envolviendo á la voladura del *Maine*, siendo un suceso más, de los miles

HABRÍA CAUSADO LOS EFECTOS CONOCIDOS Y COMPROBADOS.

No necesitaba España ni los que conocen la hi-

MEDALLA CONMEMORATIVA

DE LA CORONACIÓN DEL REY JORGE V DE INGLATERRA

Esta medalla ha sido dibujada por Mr. Bertrann



Medalla oficial conmemorativa de la coronación del rey Jorge V de Inglaterra acuñada en la Casa de Moneda

Reproducción en tamaño natural. (De fotografía.)

que integran la historia de cada pueblo, en que será imposible establecer la verdad.

ADRIÁN DEL VALLE.

Habana, 26 junio 1911.

El misterio á que alude nuestro distinguido colaborador Sr. del Valle se ha aclarado con posterioridad á la fecha en que fué escrito el artículo; la duda que expone de que se esclarezca el secreto de la explosión ya no tiene razón de ser. En efecto, los periódicos publicaron, hace pocos días, el siguiente telegrama de Washington:

EL GENERAL BIXBY, QUE HA INTERVENIDO EN LAS OPERACIONES PARA PONER Á FLOTE EL «MAINE,» HA DECLARADO OFICIALMENTE QUE DICHO BUQUE SE FUE Á PIQUE POR HABERSE INFLAMADO SUS DEPÓSITOS DE PÓLVORA Y QUE SI LA EXPLOSIÓN SE HUBIERA DEBIDO Á UN AGENTE EXTERIOR, NO

dalgúa de nuestro pueblo esta satisfacción tardía; pero bueno es que la rotunda afirmación técnica del general norteamericano haya proclamado ante la faz del mundo la ligereza y acaso la mala fe de los que hace trece años pudieron presentar á nuestra nación como capaz de cometer un crimen tan horrendo, y la sinrazón con que los Estados Unidos tomaron por pretexto aquel supuesto crimen, para declararnos la guerra y arrebatarnos vastos y ricos territorios.

El mismo gobierno norteamericano nos hace ahora justicia; los españoles, en medio de todo, hemos de agradecerle esta prueba de lealtad, ya que no es muy frecuente en la historia de los pueblos que el propio vencedor desvanezca la leyenda que, más ó menos fundadamente, pudo un día justificar su triunfo y dar visos de legitimidad á una guerra que, sin aquella leyenda, habría resultado monstruosa á los ojos de todo el mundo civilizado.

Mac Kennal y está destinada á la colección nacional de medallas conmemorativas de la coronación de soberanos ingleses.

En el anverso, se ve el busto del rey, ciñendo la imperial corona, cubierto el cuerpo con el manto real de armiño y ostentando el collar de la orden de la Jarretiera y la divisa de la orden del Baño. A la izquierda, hay el globo terráqueo, una de las insignias reales, y á la derecha, debajo del busto, una rama de laurel.

En el reverso, está el busto de la reina María, con la corona, varias condecoraciones y un magnífico collar de perlas; debajo, una rama de rosal.

Las inscripciones contienen los respectivos nombres de los soberanos y la fecha de la coronación, 22 de junio de 1911.

Esta medalla, de la que se han acuñado muy pocos ejemplares, de constituirá una de las más valiosas rarezas de las colecciones numismáticas.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

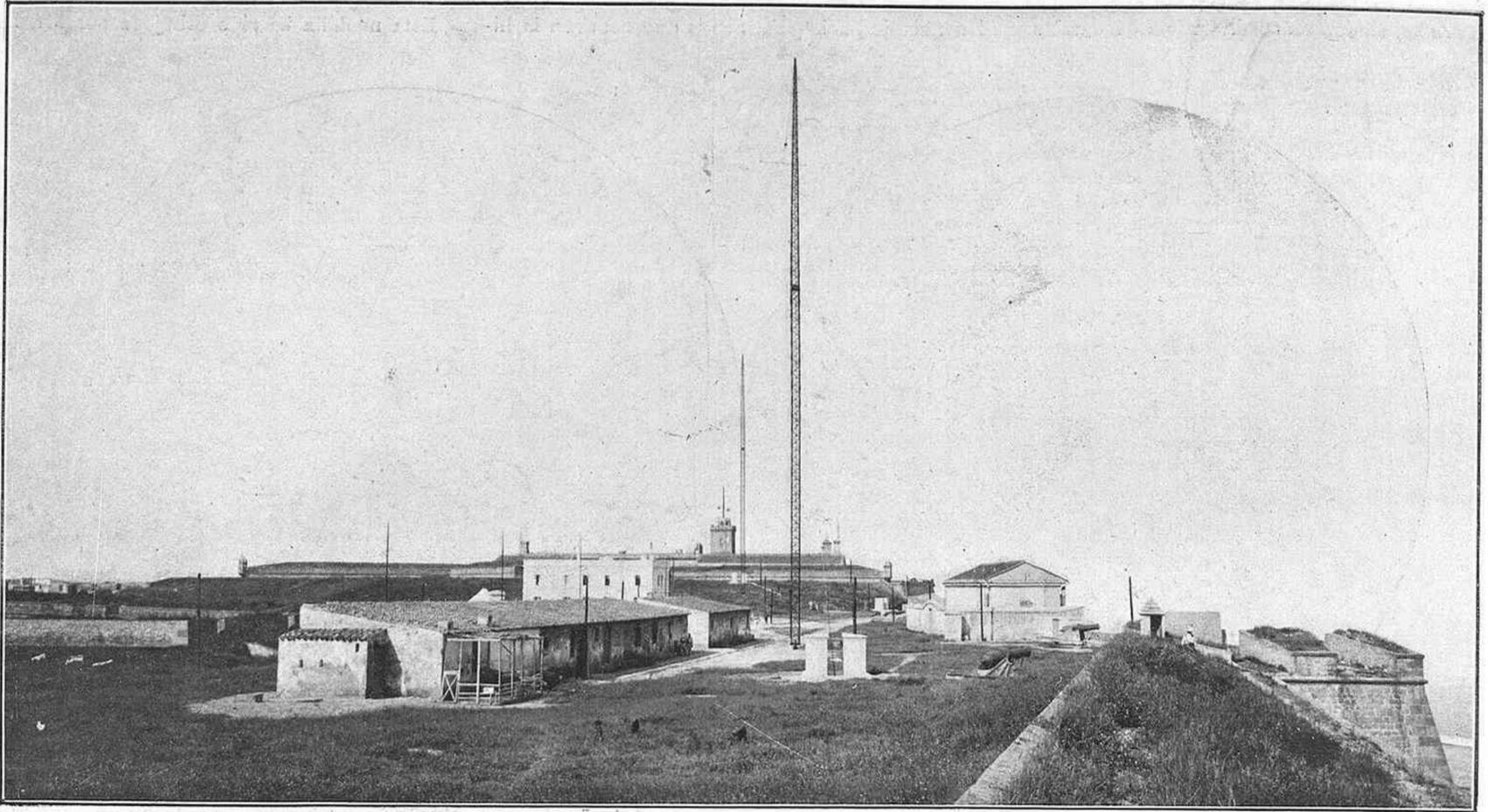
**CITRATO EFERVESCENTE**  
**"KING"**  
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO  
SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES  
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO

Agente exclusivo: EDUARDO SOLA · Trafalgar 13 · Barcelona

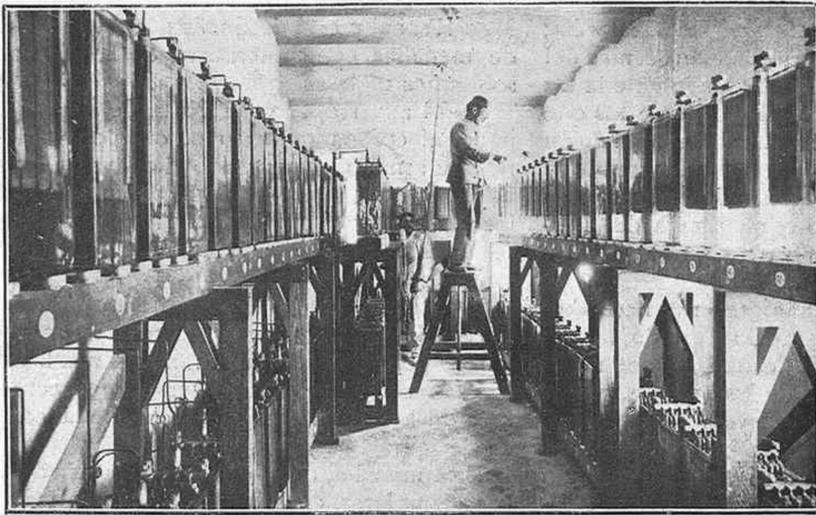
Paris  
Date de 1849  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOSES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Póng y conserva el cutis limpio y terso  
Casa GANDES · B<sup>o</sup> St-Denis, 16

NUEVA REIMPRESION  
**FABULAS DE ESOP**  
traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-LO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.  
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

## BARCELONA — INSTALACIÓN DE UNA ESTACIÓN RADIOTELEGRÁFICA EN EL CASTILLO DE MONTJUICH



Vista exterior de la estación radiotelegráfica



Sala de acumuladores



Sala de aparatos de transmisión y recepción

(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

En el castillo de Montjuich se ha instalado recientemente una estación radiotelegráfica. La instalación, que ha sido hecha por la casa Telefunken, es de chispas sonoras y está proyectada para comunicar en todo momento con Madrid.

La antena es en forma de T para que se adapte mejor al terreno.

La energía eléctrica se obtiene por medio de un alternador movido por un motor de corriente continua.

La corriente alterna, á 220 voltios, va al primario de un transformador, cuyo secundario la eleva á 15.000 voltios.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**

**EL APIOL DE LOS RES**

**JORET Y HOMOLLE**

CURA  
**LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HISTORIA GENERAL  
**DEL ARTE**

Arquitectura, Pintura, Escultura,  
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,  
Glyptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**ANEMIA DEBILIDAD** Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
El más activo y económico, el único Inalterable. — Exlgir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

**Africa Pintoresca**

REGIÓN DE LOS GRANDES LAGOS  
POR VÍCTOR GIRAUD

EL CONGO, POR M. WESTERMARCK

Esta edición, espléndidamente ilustrada, forma un tomo de 356 páginas, y se vende por 12 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Barcelona.



**URANIA**

INCOMPARABLE

600 ptas.

La más sólida, visible y perfeccionada.  
Agente General para España  
JUAN ROVIRA - CORTES, 619, BAJOS  
BARCELONA

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY**

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN